JAUJA

NOV.

11



REVISTA MENSUAL - PRECIO $ 160.-

Director: R. P. L. Castellani

Yo salí de mis puertos, tres galeras a vela
Y a remo, a la procura de la Isla Afortunada
Que son 200 islas, mas la flor de canela
De todas, es la incógnita denominada JAUJA
Ignota, impervia al paso de toda carabela
La donó el Rey de Rodas a su primo el de León.
Solo se alcanza al precio de naufragio y procela
Y no la vieron Vasco de Gama ni Colón...

JAUJA

Revista Mensual de Interés General

Número 11 Nov. 1967

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual
N.o 923.068

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

Hipólito Yrigoyen 545 - Capital Federal
T. E. 33-2781

C. Argentino Central (B)	Franqueo Pagado Concesión N.° 2668
	Interés General Concesión N.° 8166

SUSCRIPCION:

Anual (12 números): $ 1.600.-
Exterior: 9 dólares

Semestral: $ 880.- Exterior: 5 dólares

Ejemplar: $ 160 - Exterior 1 dólar

Número atrasado: $ 180.-

Pagos a:

A. Penna - Huergo 808 - Santa Fe

F. Gamallo - H. Yrigoyen 545 - Bs. Aires

L. Castellani - Caseros 798 - 5 ° E - C. Fed

SUMARIO

A NUESTROS AMIGOS

La manera de sostener la revista son las suscripciones

Háganos suscripciones o envíenos listas de personas a quienes puede interesar suscribirse

La Providencia se lo ha de recompensar

DIRECTORIAL

La palabra que dejamos pendiente en el último número: NO HAY REMEDIO, mejor es que la tratemos en *diálogo*, para no irritar a los amigos; porque las afirmaciones irritantes siempre se pueden achacar al "interlocutor".

—¿Así que Ud. cree que no hay remedio para la situación actual argentina?

—No creo, sino que veo. Pero añado hay que seguir luchando, porque quien lucha por Dios nunca es vencido del todo; y además, quién te dice que no aparezca por ahí algún remedio impensado.

—Pero Ud. rechaza la lucha de los "nacionalistas".

—No; lo que rechazo es llamar "lucha" al lanzarse con la cabeza gacha contra la pared de enfrente.

—¿Y qué razón tiene Ud. para decir que no cré, sino que ve?

—Muchas: no es asunto de fe. Por ejemplo:

La Nación diario: "Condenamos a todos los extremismos de izquierda y derecha".

La Prensa diario: "Lo que quieren Uds. es traer (¡brrr!) al tirano prófugo".

TESEYRA de FRANCA — Si no venció hasta ahora, el nacionalismo argentino no puede vencer. No venció ni siquiera cuando tenía el apoyo de dos poderosos nacionalismos: Italia y Alemania. ¿Cómo van a vencer ahora estos míseros nacionalistas criollos?

GHIOLDI — El mundo de hoy ha adoptado definitivamente la Democracia. La Democracia es obligatoria. No se puede ir contra el mundo.

ZAVALA ORTIZ — El Papa ha condenado el totalitarismo.

ALSOGARAY — Los pueblos son gobernados por minorías. Aquí hay una minoría liberal que gobierna y una minoría nacionalista que quiere gobernar. Y *nuestra* minoría tiene detrás el apoyo de la Finanza Internacional y el Gobierno de EE.UU. Los nacionalistas no tienen más apoyo que la palabrería.

LAS MASAS EN GENERAL — Nosotros tenemos el derecho de vivir en paz; como dice la República de Israel. Y de divertirnos, qué embromar.

YO — He leído todo el año 1934 del diarito de "*Falange*", fototipado y editado por Editora Nacional 1954. No hay número por semana, porque la policía de Gil Robles (demócrata cristiano) lo secuestraba número a número, o se los prohibía. Está bastante bien escrito, aunque no *maravillosamente* escrito; mas de vez en cuando trae artículos de grandes escritores, Eugenio Montes, Giménez Caballero... Mussolini... y ese hermoso prócer, José Antonio Primo de Rivera. Pues bien, leyendo eso, uno entra inequívocamente en un "clima"; ese clima dió el triunfo a Franco; y ese clima no existe en el nacionalismo argentino; ni PUEDE existir. No nos parecemos a España 1934.

—¿Cómo que no PUEDE existir? Los argentinos no somos subrraza. Todo puede suceder.

—Bien, retiro el NO PUEDE y dejo el NO EXISTE. Esa fusión de sentido común, heroísmo, paciencia cristiana, obstinación aragonesa, buen humor andaluz y equilibrio castellano, no hay aquí.

—También tenemos los argentinos virtudes nacionales.

—¿Las virtudes del puerto de Buenos Aires, que desque nació fue contrabandista? No. De las virtudes del Interior no me hable: imita a Buenos Aires.

—Eso es tomar el rábano por las hojas; es decir, creer que se comen las hojas.

—El tubérculo del rábano es que España no tenía la enemiga de toda la Finanza Internacional, la cual no apoyaba a los comunistas; y aquí la Finanza Judaica apoya a los liberales; y también el gobierno de EE.UU., como notó Alsogaray.

—Basta que venga un criollo — En esta tierra a mandar; y le haga un pito catalán a todo el extranjero hostil, como hizo Rosas.

—Olvida Ud. otra cosa tuberculosa, y es la Iglesia entre nosotros. Hace un mes dije que el comunismo y su madre la Liberala son en el fondo asuntos religiosos; herejías; y el remedio debe ser religioso.

—¡Qué! ¿Quiere fundemos otra Inquisición?

—Ya está fundada: la Ley Anticomunista es eso. El anticomunismo no es necesariamente nacionalismo — ni religión. El anticomunismo liberal es clamoroso tanto como ineficaz. Es filfa.

—Pero nosotros hacemos de continuo anticómu— y antilíbe— religioso. Lea nuestro periódico LA MOHARRA.

—Estoy leyendo RECOVA, que es mejor. Hacen bien en adoctrinar. Es todo lo que pueden Uds. hacer ahora, y es quizás lo más necesario. Pero no adoctrinan eficazmente.

—Pues, ¿no dice Ud. que está bien escrito, mejor que el nuestro?

—¿Cuántos suscriptores tienen? Conozco una docena de periodiquitos nacionalistas con 150 suscriptores, que cada dos por tres están además reñidos entre sí. Cada uno es cola de ratón; ni cabeza de ratón ni cola de león. No representan ningún "movimiento". FE (Falange Española) tiraba 15.000 ejemplares. Las hojitas de Uds. no son boletines de acción sino trabajitos de bufete. Hay allí 4 ó 5 muchachitos muy ufanos que hacen composiciones de 5º año nacional. Espere Ud. 10 años y estos bravos combatientes estarán empleados de abogados de empresas extranjeras — o acorralados y ahogados.

—Lo que pasa es que Ud. nos tiene ojeriza.

—¿Porqué había de tenerla? Durante muchos años, mientras pude, los he estado atendiendo, pensando en la salvación de sus almas y en su formación intelectual recta — no en la política. Los jóvenes no son aptos para la política.

—¿Y los jóvenes de F.E.?

—Estaban dirigidos dócilmente por hombres maduros y terriblemente corajudos, Ramiro de Maeztu, Calvo Sotelo, Onésimo Redondo, y el prócer que nombré arriba, una de las figuras más simpáticas de toda la historia; un *homérida;* si los héroes de Homero hubiesen sido cristianos.

—Nada impide que nosotros. . .

—Que Dios lo oiga a Ud.

—¿Y por todo eso, no hay remedio?

—Yo no lo veo. Pero este es un país cristiano. . . mistongo; y Dios está sobre todo. Los acontecimientos que van ahora sin rumbo, pueden dar un topetazo serio; y entonces no sabemos lo que puede pasar. Uds. siembren y siembren. Uno es el que siembra, otro es el que riega, pero Dios solo es quien da la cosecha. Y perdone mis beaterías.

—¿Entonces lo que podemos hacer es rezar el rosario?

—Eso por de pronto. Y después ser patriotas de corazón, cada uno en su puesto, Ud. en su empleo del Banco Nación, yo en mi escritorio desordenado; y que el diablo agarre al último.

—Yo no seré nunca el último patriota.

—¿Es patriota? Patriotas hay poquísimos. Fíjese que en este país no hay nadie para ayudar no sólo a fundar una revista católica, ni ayudarla con dinero; ni siquiera para leerla. ¡Patriotas, *indeed!*

—Eso debe hacerlo la Iglesia.

—Qué te crees tú eso. Los peores son los curas. Fíjese que ni un solo cura de la Capital se suscribió a JAUJA; excepto uno solo, que poco después recibió un disgusto de la Curia.

—¿Es verdad que JAUJA se cierra al llegar al Nº 12?

—No es verdad.

—¿Y qué va a hacer Ud. sin "efectividades conducentes"?

—"*Yo soy el dueño de la plata y el oro y todo cuanto hay en el Universo, dice el Señor*". Si trabajamos para Dios, Dios mandará el dinero. Si al llegar al Nº 24 tenemos que cesar y devolver la plata a los que se suscribieron por 10 años, señal que no trabajábamos para Dios. Tranquilos, y a otra cosa.

—Todo eso que ha dicho me prueba que Ud. es un "emboscado".

—Lo que acaba de decir me prueba que Ud. es un nazifascistafalanjosionista.

—Y usté más.

—Yo no. Yo no llego ni a buen patriota.

EL NUEVO SOCRATES

5 — LA LIBERTAD

Este diálogo tuvo lugar el día que metieron *dentro* (del calabozo de Sócrates) por no haber más lugar en la cárcel, al "Defensor de la Libertad", un preso del Pojo Lajánima, según él, aunque después resultó que era de Chumbicha. Este decía que era el Rey de Atenas, descendiente directo de Teseo el Grande, y perseguido por los usurpadores enemigos de la libertad; y lo convencía a uno cuando hacía discursos, porque hablaba como los mismos ángeles, que un discurso que hizo sobre la "Reforma de la Constitución de Aristóteles con los aportes cívicos de Eróstrato y Cleón", a mí me dejó boquiabierto y patidifuso. A este le preguntó Sócrates, de acuerdo a su fatídica costumbre:

—¿Qué es la libertad?

—Digo yo, Maestro, saltó Filebo. Es la continuación de la calle Salta. De modo que si un preso atraviesa Rivadavia ¿qué pasa? Que se halla en Libertad.

—Ese es un chiste más antiguo y más sonso que yo, dijo Sócrates. Ahora hablo en serio. Y le pregunto a este cumpa de aquí.

—Libertad es poder hacer lo que a uno le da la gana, dijo el nuevo preso.

—¿Y si le da la gana de matarlo a Onganía — que Dios me perdone?

—Eso ya no sería libertad, sino libertinaje, dijo el presunto Rey.

—¿Y de echarlo a Onganía?

—Eso no se puede, aunque a uno le dé la gana.

—¿Y de hablar mal de Onganía en los diarios?

—¿Por ejemplo? preguntó el preso.

—Por ejemplo, que hace demasiados discursos, y en el fondo no dice gran cosa; y después hace al revés de lo que dice...

—Eso sí se puede; y en eso consiste precisamente la libertad de prensa. Pero Dios te libre y guarde de hacerlo.

—Pero eso ¿no sería ya comenzar a echarlo?

—Comenzar no es como acabar, sentenció el preso. Acabar son los hechos y comenzar son las palabras. No hay que castigar las palabras, sino solamente

los hechos; y esos, no todos. Por ejemplo a mí, aquí me tienen injustamente castigao, solamente por mis ideas, dónde se ha visto.

—Pero ¿no dicen que comer y rascar, todo es empezar? insistió Sócrates.

—También dicen que de comenzar y no acabar están los cementerios llenos — dijo el Rey de Atenas. Y que del dicho al hecho hay que tomar el Subte.

—De modo que quedamos que la libertad consiste en comenzar y no acabar lo que a uno le dé la gana, por malo que sea?

—Exactamente, oh Maestro. Lo demás es libertinaje. La Libertad es el bien más grande del hombre, como dijo un obispo auxiliar, bastante más que la gracia de Dios y la salvación del alma. Cuba ha entrado en el camino de la libertad a fuerza de fusilamientos. Sin libertad no hay democracia, sin democracia no hay soberanía, y sin soberanía no hay huelgas; y sin huelgas no hay aumentos de salarios. La libertad es la diosa esplendente de los tiempos modernos que ha llevado al mundo a su última perfección y a su pacificación. Pronunciad la palabra "libertad" y sentiréis un alivio en el vientre, como dijo Rafael Obligado:

"¡Belgrano! ¡Libertador!
Nuestro mejor ciudadano!
¿Quién al pronunciar: Belgrano
No se sentirá mejor"...
Oiga usté, señor doctor,
Si su enfermo tiene un grano
O una pústula o tumor,
Deje el sulfamilmetano:
Haga que diga: ¡Belgrano!
Y se sentirá mejor.

Y así seguía el tipo su discurso, de no haberlo parado Sócrates con esta pregunta seca:

—¿Qué es la libertad de prensa?

—Que los diarios puedan decir lo que quieran.

—¿Aunque sea mentira?

—Algunos dicen mentiras; pero hay que tolerar que digan mentiras para que puedan decir también verdades. Ahora, si dicen mentiras en cuestión religiosa, no importa nada, porque hay libertad de cultos.

—La mentira ¿no es lo contrario de la verdad?

—Así es, oh Sócrates.

—¿Dos contrarios que se encuentran ¿no se neutralizan?

—Para los que se creen las mentiras, sí; pero las mentiras de los diarios no las creen más que los sonsos.

—¿Quiénes son los sonsos?

—Y... los idiotas, los ingénuos, los inexpertos y los frailes: todos los que son contrarios de los sabios.

—¿Así que los sonsos creen las mentiras, y los sabios creen las verdades?

—Seguro.

—¿Y los sabios dicen las verdades?

—Cuando pueden; para eso tienen que comprarse cinco linotipos y fundar un diario de sabios.

—Y si no tienen cinco linotipos ¿tienen que guardarse sus verdades?

—Seguro.

—Y si los sonsos tienen cinco linotipos ¿pueden propalar lo que quieran?

—Así es, oh Sócrates; pues cuando los sonsos se juntan en uno, saben más que los sabios; porque son la mayoría y la mayoría nunca se equivoca.

—¿Y cuándo se juntan en uno?

—En las elecciones; hay que atenerse a lo que vota la mitad más uno.

—¿Y eso es la verdad?

—Es siempre la verdad.

—¿Y si viene un mentiroso, y al uno o dos que sopasan la mitad les paga un millón de pesos para que voten por "el otro lado"?

—Eso sería fraude, oh Sócrates.

—¿Fraude patriótico o fraude democrático?

—Depende: se comienza por el fraude patriótico y se sigue por todos los otros fraudes; y así perece la democracia y también la libertad.

—¿Por qué?

—Porque viene la dictadura, que es la mayor calamidad que hay en el mundo; como por ejemplo, Franco.

—¿Y qué se hace entonces?

—Una revolución por medio de las fuerzas armadas.

—¿Y no pueden las fuerzas armadas armarnos otra dictadura?

—Casi siempre lo hacen; pero entonces se hace otra revolución por medio de cualquier fuerza desarmada, como en Cuba.

—¿Y entonces?

—Viene la guerra civil; y al final se arregla todo, gracias a los Estados Unidos, los cuales defienden siempre la libertad; porque sin libertad no hay comercio y sin comercio no hay dólares.

—¿Y para eso sirve entonces la libertad de prensa?

—Un momento, Sócrates: no basta la libertad de prensa. Es menester también la libertad de cultos, la libertad de opinión, la libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad de comercio, la libertad de los mares y los ríos interiores, la libertad para los inversores extranjeros, y la libertad de exportación de divisas, que es la principal de todas.

—¿Y nada más?

—Nada más. Todo el resto es libertinaje.

—¿Y la libertad mía?

—Sócrates — dijo el preso libertario, ¿hoy es Jueves 23? Esperá a pasado mañana el 25.

—¿Qué hay con el 25?

—Hay una revolución que se está fraguando contra los usurpadores para ponerme a mí en el glorioso trono de mis antepasados; y entonces daré la libertad a todos los presos, menos a los que han hablado contra la libertad; porque como dijo Mazzini: "no hay libertad para los enemigos de la libertad".

—¿Y si a mí se me da la gana de hablar contra la libertad?

—Te condenaré a tomar la cicuta.

—Un momento — dijo Sócrates. Volvamos al punto de partida. Aquí hay algo equivocado.

Pero en ese instante entró el alcaide con la condena a muerte del pretendiente a Rey de Atenas, alias, el Vago de Chumbicha, por haber matado a hachazos a tres changuitos, motivado a haberlo visto estos gurises robar un haz de leña; y haber echado los cadáveres desde el borde del Taigeto al abismo; al cual Vago entregó el alcaide la copa de cicuta y se mandó mudar. Pero resulta que el Vago agarró a Sócrates por las muñecas, lo tumbó en la camilla, y a pura fuerza lo hizo tragar la cicuta, en medio del asombro de sus discípulos. Los cuales incontinenti elevaron recurso de *Habeas Corpus* a la Honorable Cámara de Representantes; por mal hombre, el Areópago; que al momento libró mandato de habeas corpus y sobreseimiento total; por desgracia algo tarde, pues Sócrates había muerto.

De donde los Discípulos obtuvieron el "habeas corpus sine ánima", porque se llevaron el cuerpo, al cual dieron religiosa sepultura, poniéndole una lápida que decía:

El pensamiento libre
Proclamo en alta voz
Y muera el que no piense
Igual que pienso yo.



El Peludo

El campo estaba con veneno por causa del Peludo.

Todos sus congéneres, primos y parientes de la familia de los Manchados o Cuero cuerno, hicieron una reunión y lo conminaron a venir; a saber, la Mulita, el Mataco, el Quirquincho, el Tatú Mulo, el Tatú Bola y el Tatú carreta y el Tuco Tuco; y como "agregados" estaban el Lagarto y el Ratón campiño.

Vino a los tirones porque ese siempre anda alzado por su conciencia culpable. Por causa dél le dijeron andaba el Puestero echando veneno en todos los hoyos del suelo y así peligraban todos.

Erizó los pelos como pinchos y volvió a todos lados su cara repulsiva aparente a hombre hocicudo; mientras la luz de la luna poniente le relumbraba la córnea coraza del lomo; y le espetó a la pobre Mulita que ella era igual o peor: "—Hacés lo mismo que yo, — le dijo — porque si vos destruís los hormigueros no es por amor al hombre, sino por comerte los huevos".

Le objetaron que él, de pura maldá, degollaba a los corderitos recién nacidos y les comía los ojos, dejando el resto a los chimangos. "De pura maldá y vicio". Que por qoé no comía carroñas, que había hasta de sobra, como sus amigos los Chimangos.

Dijo airadamente que nadie le decía nada al Zorro, que también mataba de vicio, y los hombres hasta le hacían poesías. Le dijeron que esperase un poco que tuviera cría la foxterriera del Puesto, que iba a ver dónde iba la Zorra.

El dijo que dos perros habían muerto ahogados por querer meterse en la cueva de la Zorra y allí atracarse sin poder salir. Pero eran perros sonsos, le dijeron, no eran foxterrieres sino cruza. Ultimamente, que se mandara a mudar del campo Las Lilas.

Le tiró un tarascón a la Mulita, que estaba más cerca, que si la agarra la decapita: la Mulita no ve para adelante pues tiene una placa como pantalla ante los ojos. Entonces el Tatú Carreta con su corpachón lo sacó afuera a los pechazos. Volvió al momento, y comenzó a hacer otra cueva en la puerta del boquerón donde estaban los otros; y con su velocidad para cavar, ahí la tuvo antes que salieran y allí los esperaba, donde no podían entrar más que de a uno. Pero salieron de refilón por entre las dos cuevas y se quedaron por allí en acecho.

Vino la amanecida, y se sintieron gritos, relinchos y ruido de latas por las casas. El cielo bajo se puso rosado todo lo largo, y después una gran placa dorada en el levante, que enseguida se hizo violeta y color sangre.

Salió el Peludo a buscar pitanza. Se le echaron todos encima. Disparó a otro boquerón y echó tierra fresca pá trás.

Vio los agitones de los pastos el Puestero, y bajando del caballo divisó el boquerón fresco entre una mancha de abrojillo seco: tiró adentro una pastilla de veneno envuelta en papel diario y con la alpargata obstruyó la cueva.

Los otros se habían hecho humo. Y el Peludo estiró la pata al momento cuando la humedad descompuso el pastillón y liberó el humito cianhídrico.

—Animal criminal, siempre acaba mal — dijo la Mulita. Pero como tuvieron todos que mudar de campo, porque los peones seguían déle veneno y no distinguían de cuevas, el simpático cascarudo carita larga tuvo que mudar refrán, y dijo:

—Aunque uno sea inocente, un pariente criminal, a todos los deja mal, y es un pariente aparente.

El Zorrón

El gaucho Obregón me explicó la complicada trampa de zorros que había inventado; obra de ingeniería que olvidé, si es que la entendí. El núcleo era un lazo corredizo de correa redonda bien aceitada y disfrazada con hojas; amarrada a la punta de una ramaesauce cimbrada en arco romano y el otro extremo fuertemente apisonado en tierra; la cual al meter el animal la cabeza tirando al cebo, zafaba de un delicado burlete y se erguía como resorte levantándolo ahorcado a los elementos.

Todo lo demás eran artilugios para desorientar al astuto bicho; que nunca desorientaron al Zorrón, que parecía culebra. Pocos zorros agarraba el ingenioso criollo, porque no de balde son zorros; pero el Zorrón tenía además la gala de comerle la carnada, achuras o un pollo vivo, nunca se supo cómo; pues el caminito de zorro donde pendía el lacito estaba vallado de espinas a los lados. El Zorrón (que después se supo era zorra) lo hacía mesarse los pelos al viejo.

—Es el diablo, decía él — Es cruzaevíbora. Me da más miedo que un dijunto. A pocas cosas tenía miedo Obregón, pero cuando hablaba del Zorrón medio se angustiaba.

Lo había visto pocas veces deslizándose como fantasma y desapareciendo de golpe.

Una vez que lo vio entrar en el rastrojo seco de la linde, le prendió fuego por los cuatro costados; y cuando las llamas se juntaron en el medio, el Zorrón andaba quién sabe dónde por los campos de Frey. Para mejor y como por burla, esa misma noche le mató dos gallinas, por puro gusto y sin llevarlas.

Palmo a palmo le había buscado la cueva por los potreros; pero claro que, en el Quebrachal no había medio. Los perros allí no entraban.

Y al fin quién va decir, cómo lo vino a agarrar, y fue con otro zorro; un zorrillo medio pichón que lo agarró vivo en el lazo porque no se le cerró por el gaznate, sino la mitad por la geta; y ya ya se estaba por zafar y huir. Lo tuvo sin comer los días enteros en una jaula de ramas, donde el machito daba vueltas como un trompo; y cuando vinieron los cuatro hacheros (Obregón tenía una fortuna en quebrachos, pero no vendía más de 10 o 12 rollizos a la Forestal de vez en cuando) los apostó en los cuatro radios del Quebrachal, y él manió el zorrito de las delanteras, y lo llevó al sitio donde el Zorrón le acababa de matar un corderito por puro gusto.

El animal saltaba a los tranquitos, con esos gañidos metálicos; y después de olfatear la sangre, venteó largamente hacia el Sur y se dirigió al quebrachal. Nadita de trabajo (es un decir) tuvo Obregón de mantenerlo en las picadas, que eran cinco y en cruce; hasta que el animal rompiendo por todo dio un grito lastimero, y se hundió por el garabatal. El gaucho entonces divisó apenas como una sombra rojiza que se hizo humo sin ruido; y le disparó su pistolón trabuco; que era inútil, porque los "recortados" de alambre se desparramaban como regadera y a cuatro metros no hacían blanco; pero el estruendo y el aullido del gaucho previnieron a los ojeadores, que tenían boleadoras. Al rato uno dellos respondió con otro alarido triunfante; y Obregó excitadísimo se lanzó por la maleza, destrozándose la ropa y tropezando a cada salto.

—"Caíste, maula".

En efecto, al lao el bebedero allí estaban los cuatro y a sus pies el Zorrón, boleado cola y cuartos traseros, y la manija le había golpeado la cabeza. Parecía enorme y todavía quería morder. Obregón le desportilló la cabeza de un botinazo.

—Caíste, maula. A San Pedro con San Pablo, y al diablo con otro diablo. El hijo debía de ser. Ahora ustedes me 'hachan como cien troncos y hacemos cinco o seis más picadas.

Tengo que agarrar las crías; si no, esta estancia La Milonga le tengo que llamar El Desperdicio.

———

En el campo infinito del distrito de Juárez
Pampa mansa de arreos y remates y esquilas.
Del cual es eje humano por encima de achares.
La tacita de plata de la estancia Las Lilas,

Piélago en que la vista se pierde y no se pierde
Cúpula azul de Prusia y el fondo negro y verde
Sotos al horizonte bruñidos por el viento
Donde "Acelain" esconde su artístico portento.



Las Copetonas

El dueño la estancia Las Lilas no tenía armas; y no permitía tampoco cazar, salvo las liebres que son dañinazas. El Zorro lo corrían con perros. Las Perdices, Copetonas y Martinetas se multiplicaron a porrillo. Las Copetonas les gusta juntarse y andaban con su pasito presuroso de hasta de a 30; en banda y tan mansas que casi se les podía poner el pie encima antes que volasen con aquel estruendo y chiflido. Y no pocas se mataban contra el radiador del auto.

—Son "masa" — les dijo la Martineta.

—¿Qué es masa? — dijo la Copetona.

—Montón de gente sin jefe .

Porque en efecto todas no hacían sino seguir a las dos que iban delante por puro caso.

Y así pasó que los peones arriaron despacito a una manadita de 30 a un corral chico de palo a pique de un metro y pico; y como vuelan bajo y no son buenas a alzarse de golpe sin darse contra los palos, allí andaban muy ansiosas como una majadita asustada. Qué maíz ni cebada. Al poco se murieron todas, de ansia. Duraron lo que amor de monja.

La Martineta, que es altiva e independiente hasta por demás un poco, dijo que ella lo había dicho.

Pueblo sin ley y sin jefe
Ni mira al futuro ni mira hacia ayer
Mejor es que un cuerdo lo deje
Porque su destino será perecer.

Fusilamiento de Dorrego

La tarde tiembla, como una yegua en celo.
Llega, desde la pampa,
un viejo olor a indio, a cardo o a guitarra.
Hay unas nubes remendadas y sucias
y una siesta de polvo y abejorro,
allá en Navarro.
Las lanzas han caído sobre dulces pellones,
en recados,
con sus moharras, sus agarraderas
desoladas de mugre
y la serie muerte
del filo, contrafilo y punta.
Gente con barba y cicatrices
matea o guitarrea.
El truco se prende, mano a mano,
con su conversada guiñada de as de bastos;
y el campamento: Dorrego, Lavalle,
el pendenciero gringo Rauch,
todos esperan la historia
sin una reverencia,
que es lo que cuadra,
entre machos que se precien.

En fin.
La muerte está a dos cuartas de don Manuel Dorrego.
Viene, inusitada y bárbara,
a despenarlo en su catre.
El sabe que se acaba.
Se toca, por última vez,
los botones dorados de su guerrera;
la bota le aprieta,
le ofende esa gamba dura de jinete.
Desde adentro, la barba viene rempujando
y hace más antigua su mejilla;
descubre, entonces, sus pequeñas circunstancias,
verá, por última vez, su uña crecida
y su nudillo,
su abdomen de prócer,
su saliva completamente innecesaria
su incomprensible gesto de gobernador moribundo.

Ya lo vienen a buscar.
Esa partida, con el sargento retobado y correntino
que no le mira los ojos,
lo lleva arrastrando los pies
la tarde y lo que cuadre.
Ahora está temblando contra las cortaderas,
está pensando cómo será el dolor en una muerte a bala.
La venda ha quedado inútil
en la mano sucia de un soldado.

El quiere repasar su eternidad.
Ha parado el truco,
se escucha un teru-teru,
respira por la boca
como gritando el aire de la pampa,
y queda allí
tirado
dulcemente
Manuel Dorrego,
con las piernas encogidas
—como si estuviera naciendo—.



CUITIÑO

"Coronel, denme una aguja e hilo". Luego le trajeron el hilo y la aguja, y ante el asombro del oficial comenzó a coserse parsimoniosamente el pantalón a la camisa, en tanto le daba esta explicación: *"Como después de fusilados nos van a colgar, no quiero que a un federal, ni de muerto, se le caigan los pantalones".*

Nada como esa Federala Manera de vivir
y de morir.

Yo pienso
escucho
presiento a Ciriaco Cuitiño
fuerte como una taba
llegando con el pingo sudoroso y tordillo
hasta sus Quilmeños arrabales mazorqueros.
Venía entre los caminos gastados de la madrugada
hasta sus dioses,
sus fantasmas
sus lugares de guitarra, de sangre
y qué se yo.
Así persistía
Cuitiño
con su apellido de tendero gallego,
su mala fama,
su escapulario bendito y su degüello.
La refalosa crecía entre sus venas
y la federación por sus sombras.

¡Ah, Coronel Cuitiño!
te colgaron como una res estúpida,
fusilado y todo,
con tu fama de taita
y tu Rozas, ¡Rozas!

¡Que el juicio final
te encuentre sin cuchillo!

LA SOLEDAD

Fue en un verano salteño
e insolente:
con una fusilería, casi de juguete,
primero lo fusilaron
contra una tapia
y en el aire quedó
ese rotundo —agrio—
olor a pólvora
y un cacarear de gallinas asustadas.

Como cuadra a una muerte así
lo despeñó el sargento.
Con su oficio de antaño
hizo el degüello casi carnicero
y, para escarmiento,
clavó la cabeza barbuda y toda
del caudillo
en una pica,
en medio de la plaza.

La poblada
la rodeó como a una virgen,
los chiquillos le tiraron piedras
y los perros aullaron.

Cosa extraña,
el sol salteño
le fue estirando la piel
sobre un bastidor indefinido;
se le aguzaron los pómulos
y la boca se contrajo
como si se estuviera
riendo de la muerte.

Allí quedó todo el día.
Y verdaderamente daba una señal de macho
y de respeto
con esa casi risa entre los labios.

Cuando apretó la noche
y quedó la plaza
sin la poblada, los chiquilines o los perros
y solamente la cabeza se movía apenas
con el viento norte,
todo se fue suavizando:
la piel, como un río,
volvió a sus cauces,
su boca a su boca
sus ojos a sus ojos
y el caudillo
quedó bien muerto
casi desesperado,
como diciendo
que tenía
miedo
a
la
soledad.

ROZAS

Con los ojos
de los ojos de algún bisabuelo
con tus piernas blancas de gringo
y tu caballo zaino,
volverás Rozas
sobre tu San Benito de Palermo.

Allí donde se besan las parejas humildes
—entre palmeras y domingos—
donde penetra el tren como un gusano
y el globero como un viejo mago,
allí, cruzarás por la avenida.
Sobre tu frente de caudillo
voltearán las casas de departamentos
y un cielo,
un cielo de neón y cocas-colas
se enredará en tu frente.

Silbando la refalosa
entre los dientes,
tranquearás al paso zaino del criollo
sobre la calle de Valiants y de Impalas
melenas dudosas,
anteojos contra el sol
y minifaldas.
Apenas podrás reconocer en las estatuas
a aquel Urquiza de Caseros,
sobre un caballo erróneo
o ese Sarmiento insólito
de levita
y los pantalones arrugados con alquitrán
y cardenillo.

En algún cruce desierto
aquel, donde se pierde el último heladero,
recogerás las riendas suavemente;
y al Southampton gris de tu sepulcro
volverás con las tres marías sobre el anca
—macho y triste—
a esperar
que
aquella perdida esquina de Palermo
se encienda con tu nombre.

JORGE MELAZZA MUTTONI
(Del libro "*Tenemos que morirnos*")

LEIDO PARA USTED

LA IMAGEN DE UNA NIÑEZ FELIZ

(*"La ciudad de mi infancia"* — Huemul, 1967, Bs. Aires)

He tenido el honor de leer en originales este libro de la Sra. D'Angelo Rodríguez. Es un buen libro. Le estoy agradecido; "agradado" dice el brasileño. ¿Y qué más? Si fuera yo "crítico literario" (profesión de que muy pronto me liberó el destino) tendría que hacer una conscripción de los libros de retratos o relatos de la niñez en Inglaterra (la más copiosa), Francia, España, Italia y Alemania, comparándolos con el presente y definiendo parecidos y discrepancias; buscar después la "idea" de cada uno de los cuadritos y seleccionar los dos que ("a nuestro humilde parecer") son los "más logrados"; averiguar la filosofía del conjunto y sus-escalonadas implicancias metafísicas hasta la realidad del Ser supremo. Buscar el lugar de esta "creación en el cuadro de la floreciente literatura nacional" y finalmente para demostrarme imparcial y perspicaz, hallar dos defectos del libro, que en realidad de verdad "no son dos defectos sino dos lunares que más bien hermosean el fulgor cheherazadesco del rostro".

Mejor es decir sencillamente que es un buen libro, discreto y delicado y logrado con *felicidad*. Esta palabra aparece al principio y al fin de él. Feliz quien ha podido escribirlo. Yo no hubiera podido.

Mi niñez está tajeada por desgracias serias y dolores serios; en un pueblo sórdido y poco virtuoso. Todavía conservo mataduras.

Leo en una revista llamada CU-MA (espantoso nombre, "*Cuaderno Maristas*") en el curso de una entrevista del Hno. Pablo Agustín a un actor Antonio Medina:

"—Cuál es el recuerdo más agradable de tu vida?

—*En general, toda la etapa de mi niñez...*".

Todos dicen así; no sé si por ser verdad, o por ser un lugar común que se consideran obligados a repetir: "¡Qué lindo cuando era chango!"

Me puse a pensar como respondería este cura, y recorrí "Los días felices del bachillerato" (La Nación diario) y todos los demás días consecuentes de los 8 períodos de mi vida; y la conclusión fué que todos habían sido *igualmente felices*.

En efecto, según enseña Schopenhauer, la felicidad consiste en el cese del dolor, y este cese es suministrado por la suspensión temporánea del correr de la vida (o sea, de la Voluntad), a cargo del ejercicio del intelecto. Y esto lo he tenido desde los 4 años, en que comencé a leer los cuentos de Calleja (según me dijeron, créanlo si quieren) hasta ahora que leo la "*Breve historia de México*" de Vasconcelos; el intervalo de 63 años llenado por libros, más de cuatro; de lo más abigarrado; como Aristóteles y Antonio de Taboada, el Nuevo Testamento y Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno; y quien sabe cuantos más. To-

dos ellos me hicieron el efecto de este parvo de mi Sra. Magdalena; que leí estando enfermo y me olvidé de la enfermedad.

Alguien dijo que los libros son el opio de Occidente; me parece más verdad que son (entre otras cosas) las aspirinas del mundo. La aspirina no puede quitar los grandes dolores pero los alivia todos y elimina los pequeños. De donde otro poeta francés se atrevió a compararlas con la Eucaristía. Creo que debe ser un pecado haber leído tantos libros, algunos muy malos; pero Dios me perdonará por mi gran necesidad de aspirinas.

Otro dicho que no creo verdad es el de que "no hay libro tan malo que no tenga algo bueno". Hay libros del todo malos. No digo los enteramente canallas como *"La pucelle"* de Voltaire, *"Lourdes"* de Zola, *"The fair Haven"* de Samuel Butler, y otros que ni nombrar se debe. Hablo de libros honrados, pero malos. Hay una apología del cristianismo, *"The Analogy of Religión"* de otro Samuel Butler (un obispo) que si los ingleses lo leyeran perderían la poca religión que tienen; y lo han puesto entre sus clásicos. *"Sacrés ils son car personne n'y touche"*. Los libros de Apologética del P. Nicolás Buil (que fue mi profesor de lo mismo) son malos, pero tienen algo de bueno, y es que hacen reir de puro malos. Tratando de lo mismo: ahora que el padre Ives Congar nos ha honrado con su no pedida visita: este "apologeta" escribió un mamotreto de 650 páginas. *"Vraie et fausse reforme de L'Eglise"* que es malo de solemnidad, en su conjunto, en cada capítulo y en cada línea. Si pusieran a un lector maniático en un calabozo de 3x3x3 con este libro como único compañero, no lo acabaría de leer aunque estuviese toda la vida en la cárcel. Solamente por la mala intención que no cumplió este charlatán de completar el mamotreto con otros 8 por el estilo, cuyos títulos da allí (*"Advertissement"*) merecía ser azotado con escorpiones.

Como ven no he mencionado más que a cofrades. Saliendo de ellos he intentado hoy leer un librito de cuentos de una profesora de castellano, escrito aposta con la traidora intención de imponerlo a sus alumnos, los de su marido y los de dos o tres profesoras amigas; y hacer unos pesos. Opinamos se debería prohibir que las profesoras se autocanonizaran "clásicas" sin permiso del Director.

Llegado aquí, veo no necesitaba recurrir por ejemplos a las literaturas extranjeras, existiendo aquí la maldita legión de "Libros de lectura" escrito por maestras. Teniendo a Kapelucz y a un Inspector propicio, es negocio. A los chicos no les hace año, porque están inmunizados; a lo más contribuirán a la "deserción escolar", pero eso tampoco es un mal. El chico que nunca "se ha hecho la rabona", es sospechoso.

Pero este librito *"La ciudad de mi infancia"* sí se podría imponer sin pecado a los rapaces.

Tiene verdadera poesía y da una imagen sincera de la niñez. (Aquí vendrán las comparaciones: *Stalky* y sus compañeros de Kipling son enteramente exagerados; el pequeño *Trott* de Lichtenberger es demasiado ingenioso; los muchachitos de *Fermina Márquez* de Valery Larbaud son románticos e inventados, no menos que la muchachita de Ana María Tatute - *"Primera memoria"*,

etc. Estos cuadritos aquí son enteramente transparentes, no enturbiados por la mentalidad adulta ni por ninguna "literatura"; lo cual no quiere decir no sea ducha la autora en acuñar hermosas frases; el paisaje mismo (la ciudad) se ve a través de ellos como a través de un cristal con rocío.

Feliz el que ha tenido una niñez feliz; y el que puede gozar con el retrato de una niñez feliz.

Leonardo Castellani



LA NUEVA POESIA DEL P. GOROSITO HEREDIA

La lectura de los tres últimos libros de poemas de Luis Gorosito Heredia me llevó a la revisión de otras colecciones suyas de hace años que, para decirlo con franqueza, nunca me habían alcanzado a satisfacer del todo. ¿Son dos líricas distintas? ¿Por qué me atraen estos poemas recientes, me instan a la lectura y por qué aquéllos me dejaban casi indiferente? ¿Dónde reside la diferencia? La revisión me hizo ver que yo había exagerado las distancias: aquéllos y éstos, indudablemente, habían sido escritos por una misma mano. Los de ahora, empero, son *otra* cosa. Me resulta difícil explicarlo. No se trata de que aquel G. H. no fuese poeta y éste sí. Tal vez se comprenda si digo —explicándome muy imperfectamente— que allí el poeta estaba maneado por la retórica o demasiado entregado a ella, aunque tales aseveraciones tampoco sean del todo exactas, y que el de ahora campea en cambio por los planos abiertos de una poesía viva y profunda, humana y vital. La diferencia, sin duda, que hay entre lo pintado y lo animado, la distancia que va de la creación puramente abstracta, mera obra de la imaginación y la fantasía combinadas con la técnica, a la creación que emerge de un duro y trabajoso peregrinaje existencial; es decir, la creación a la que se accede después de haberse debatido en la zozobra y el barro de una experiencia personal que se adivina dolorosa. Al poeta en potencia más que en acto que era G. H. le faltaba el toque humano del dolor, no ya entrevisto sino vivido y padecido, para convertirse en el poeta pleno, muchas veces magnífico, que es hoy.

Su creación poética aparece hoy ennoblecida y vivificada, revestida de un enfoque mucho más rico, más abarcador, más sentido sobre todo, es decir, asistido por una experiencia personal que dio nuevas y definitivas vivencias a su lirismo. Los ojos de este poeta ya miran de otro modo las cosas de este mundo; su lírica está cargada de una densa comprensión humana y a la vez de una trascendencia religiosa que ahora se palpa, se nos mete por adentro del alma y deja huella honda. Si antes pudo escribir poemas de inspiración o de moivo religioso, la poesía de G. H. impresiona ahora como meridiana y sustancialmente penetrada de sentido religioso, traspasada e inundada por él. Es como si antes G. H. hubiese mirado desde afuera el objeto de su inspiración lírica y ahora, en cambio, estuviese él situado en su propio centro, vivién-

dolo y padeciéndolo, eje y sujeto de ello. Hasta aquellos textos en que el asunto no es aparente o realmente religioso se ven penetrados por esa nueva mirada profunda de G. H., por esa nueva actitud suya en que lo sobrenatural está presente diciendo su palabra. Y hasta la piedad y la ternura con que ahora esa mirada contempla los seres y las cosas son como el testimonio de esa nueva vida en que está sumergido el poeta, que ahora nos descubre, sí, cálidamente, en total entrega, sin recaudos, desnudamente, sin artificios estetizantes, todo un corazón de hombre que ha saboreado las hieles amargas y los dudosos places de la tierra.

Desde luego, si en G. H. el poeta ya no hubiese preexistido a esta etapa nueva o renovada, dotado de todos los instrumentos válidos y necesarios, su poesía de hoy no hubiera podido escribirse; o al menos darse con la plenitud expresiva y emotiva con que se traduce. Y lo advertimos menos lujoso de lenguaje, menos afelpado y menos marmóreo, más sobrio, más óseo que carnal, menos entregado a la magia del color y del sonido que a la música entrañable que resuena en el interior de las cosas.

El Pájaro Ciego y *La fiesta del Cielo* documentan —si así puedo expresarme— la liberación del espíritu que se había dejado encadenar por lo simplemente terreno y el gozo de volver al encuentro con el Padre. En el primero, *Tríptico de la Liberación, Dolores de la Virgen, Comunión, La visita, Por este caminito,* son testimonio a la vez que poesía muy honda y tocante, en tanto que otras piezas como *La cruz vacía, Oficio de Tinieblas* y sobre todo *El revés de la trama* muestran esa nueva mirada —de hombre reencontrado— del poeta sobre la realidad humana, suya y ajena (aunque toda es suya, como es de Dios). En el segundo de estos pequeños volúmenes, el extenso poema que le da título, *La Fiesta del Cielo* y el denominado *El Albañil,* son especialmente señalables. Este último, sobre todo, es una pequeña obra maestra en la que el contenido y la traducción formal se ajustan a maravilla. La emoción fluye encantadamente y el poema llama a repetida relectura. El bienestar estético se hace aquí bienestar espiritual, como en rigor debía ser siempre.

Cabe decir por lo demás que, sin perjuicio de mostrarse muy clasicista en lo formal y en lo expresivo cuando lo quiere, G. H. se denota otras veces agudamente moderno en vocabulario y en soltura de formas. Sin llegar al desprecio total de estas últimas, verifícase en su poesía —y esto se puede descubrir también en su tercer volumen, *La isla que yo he sido*— una mayor tendencia al ascetismo literario, no a la pobreza sino a la concentración expresiva, más al uso de los vocablos que el tema exige con imperio que al regalo del palabrerío sensualista, que al mero regodeo audiovisual.

Más en lo humano están estos últimos poemas; pero cargados de una dramática, profunda y última visión trascendente, que llega de lo Alto y mira hacia lo Alto. Pero ya no en abstracto: una y otra cosa, tierra y Dios, hombre y Trascendencia, se unen en un enfoque entrañablemente humano. Y todos los poemas, en fin, dan la medida de esta nueva vida lírica en la que G. H. canta el Amor y la Piedad Paternal de Dios, del que nunca nos deja del todo —mano y mirada compasivas— aunque parezca que en nuestro loco divagar terreno hemos quebrado sus dulces cadenas y hallado la engañosa libertad del pecado.

Soler Cañas

Sigue en la página 43

Cinematografía

SANTO TOMAS MORO, MARTIR:

"EL HOMBRE DE DOS REINOS"

Tiempo atrás decíamos en JAUJA —congratulándonos con el film "Karthoum"— que el cine *podría* ser un positivo transmisor de cultura; pero que, contadas las excepciones (para eso estamos aquí), *no lo era*. Antes bien, todo lo contrario: el cine es barato, deshonesto y malsano.

Tremenda agradable sorpresa tuvimos entonces (llevando bien metido lo dicho antes) cuando concurrimos a ver EL HOMBRE DE DOS REINOS, una historia del postrer período de la vida de Sir Thomas More (Tomás Moro, Santo mártir) que consideramos muy buena; o sea, *excepcional*.

Un poco de historia previa: Tomás Moro marca el final —así como su casi símil, Santo Tomás Becket, el comienzo— de la monarquía medioeval inglesa. Su vida toda no es sino una trascendente epopeya en la que no tienen lugar las estridencias; es una gesta de la humildad. Enfrentado como Canciller del Reino a la situación de reconocer como legítimo el divorcio de Enrique VIII, e incluso a interceder por ello ante el Papa, el Santo preferirá primero el humilde "renuncio" ante la tarea irrealizable para un católico; más tarde, el supremo testimonio, antes de confirmar con su asentimiento la traición a Roma.

Así, la historia de Moro conserva una vigencia terminante, por lo lineal, lo ascensional y lo ejempla, aún aquí (República Argentina) y ahora (1967).

—¡No puede ser!

—¿Por?

—¿Qué interesa aquí un Santo inglés? ¿Acaso más que San Noet o San Botvido? Yo creo que interesan todos, y no este o aquél en especial.

—Interesa este en especial; por dos razones: 1a.) La parecida circunstancia histórica: el peligro hereje, la descomposición del sistema político, y otros etcéteras; la 2a.) es que me parece un Santo maravilloso.

—¿Y a mí que me interesa lo que a Ud. le parezca?

—Además de mí opinan lo mismo —hasta el momento— Ludwig von Paulus y el Fraile Delrrey. Escuche lo que escribió este último:

Tomás Moro, Tomás Moro
Falta nos haces ahora
Con tu sonrisa de aurora
Y tu obstinación de toro.
De tu vida el gran tesoro
A Dios rendiste riendo
Hiciste un chiste tremendo
Cuando cayó tu cerviz...
¡Visita nuestro país
Que aquí te andamos queriendo!

J. d. R.

—Muy lindo: pero esto, ¿es una crítica de cine o qué?

Tiene razón el *meterete;* tan lograda está la película que la personalidad de Tomás Moro termina avasallando a la pantalla, a los espectadores, al cine y a los doscientos cincuenta que pagamos de entrada; y se nos impone definitivamente, junto con los actores segundones y tercerones del drama: Enrique VIII (el artífice de la pérdida de Inglaterra para la Cristiandad — diría Belloc), el Cardenal Wolsey (en espectacular representación de Orson Welles, quizá superior al original), Ana Bolena (apenas en un pantallazo, con la cara agobiada de la pecadora), el desleal Rich, el frondizíaco Cronwell, la simpática familia de Moro.

Todo —a más de los personajes— está pulcramente *recreado* en EL HOMBRE DE DOS REINOS: las limitadas llanuras, los ríos comunicantes surcados de barcas reales, nobles y plebeyas, las casonas feudales, el famoso *humour,* las noches con niebla de hacha y tiza, las repetidas visiones de decorativos bichos heráldicos tallados en piedra. Todo parece estar allí: una persistente noción de estar en la Inglaterra que tuvo a Moro. EL HOMBRE DE DOS REINOS posee una belleza formal que raramente ha sido alcanzada en la pantalla.

Dos notas finales:

1) Tomás Moro cayó, entre postreros *chistes,* bajo el hacha del verdugo, el 6 de julio de 1535. En diciembre de 1886 era beatificado por León XIII y Pío XI lo canonizó en Mayo de 1935.

2) Recomendamos la película a todo trapo; épocas turbulentas y de desasosiego vivimos los argentinos. Pues bien: en la vida de Tomás Moro, el amable Santo, el humorístico enjuiciado, el grande héroe, hay enseñanza valedera. Sepámosla aprovechar.

A. S. G.

17 de Agosto - Celebración Escolar

Este nuevo aniversario de la muerte del General José de San Martín me brinda ocasión propicia para reflexionar en torno de dos cuestiones que estimo fundamentales para la formación del carácter de los estudiantes. La primera es la naturaleza del patriotismo; la segunda, la de la abnegación cívica.

El Gral. San Martín se perfila en nuestra historia como dechado de ambas virtudes. Amó a la patria con pasión ardiente, es cierto; pero, la amó de una manera tan templada por la razón que jamás oscureció la pureza de sus sentimientos la menor vislumbre de fanatismo ni se advierte en su conducta la más leve de las ridiculeces del patrioterismo.

Las circunstancias de su vida personal y las de España, cuando por primera vez "la voz del destino" le habló al oído, prueban, por sí solas, la claridad de su visión histórica, el temple de su carácter y los valores de la educación que había recibido como hombre, como ciudadano y como militar. Aunque nacido en Hispanoamérica, se sentía hijo de españoles peninsulares y vinculado a la España europea por los imperativos propios de su profesión y carrera. Se hallaba totalmente identificado con el ejército español en lucha inmediata contra el usurpador francés; pero, no fueron bastantes ni el fragor de las armas ni la justicia de la causa que con ellas defendía, para acallar la alarma que produjo en su corazón el grito lanzado por la tierra de su nacimiento ante el peligro de su libertad.

Fuerte, seguro de sí mismo, conciente de su capacidad, enamorado de las libertades públicas —entendidas a la española como él mismo las había practicado; no al modo del liberalismo francés que las abrogaba por la conquista— antepuso la patria lejana e inerme a sus intereses particulares; prefirió el riesgo al cómodo dejarse estar; las posibilidades inciertas en la América natal de la que permanecía ausente desde la infancia, a las efectivas realidades ya alcanzadas, y cruzó el mar.

Si S. M. vino a Bs. As. en 1812, fue cediendo a los dictados del más acrisolado patriotismo. Vino a inscribir su nombre en la cruzada por la emancipación de América; a poner su espada y su persona y su vida misma al servicio de la patria bienamada. La historia lo hacía colocado en la encrucijada de poder elegir sin menoscabo de su honor entre dos formas de patriotismo, y él eligió la de mayores riesgos. Quizás por eso pudo llegar a constituirse en héroe y realizador de la hazaña continental de mayo raliento.

Es oportuno, necesario y casi me atrevería a decir que indispensable, en estos aciagos tiempos en que influencias y preocupaciones del todo extrañas a nuestro ser de argentinos, intentan convertir la idea de patria en blanco de sus ataques, haciéndonos creer que el patriotismo es un sentimiento egoísta y artificial, que nos detengamos a meditar un poco en el patriotismo de este genio esclarecido de grandeza y generosidad. Y porque hay una especie de vinculación directa entre la idea de patria que San Martín tenía, la calidad específica de su patriotismo y la magnitud de la hazaña que cumplió al trasponer los Andes, es que deseo mostraros la dimensión de ésta, como símbolo de la excelsitud invisible pero fecunda de su concepción de patria y de la esplendorosa belleza del sentimiento que es capaz de hacer de los hombres, héroes.

Para que apreciéis de un modo científico — sin exageraciones ni apasionamiento — los incalculables obstáculos contra que debió luchar el genio de América, no voy a usar palabras mías sino las que empleó la España misma al rendir tributo de admiración al genio de San Martín.

Los estractos que voy a leer los tomo del extenso artículo que contiene el *Memorial de Artillería* ,Tomo XI, publicado en Madrid en 1853. "La poca atención que se ha prestado al estudio

de la guerra en América del Sur, dice el documento, hace más interesante la marcha admirable del Gral. San Martín a través de la Cordillera de los Andes, tanto por la clase de terreno en que la verificó, como por las circunstancias que la motivaron".

"En ella, como en la de Napoleón y Suwarof por los Alpes y la de Perofski por los desiertos de Turania, se ratifica más la idea de que un ejército puede arrostrar toda clase de penalidades, si está arraigada en sus filas como debe la sólida y verdadera disciplina militar. No es posible llevar a cabo las grandes empresas sin orden, gran amor al servicio y una ciega confianza en quien los guía".

"En lugar de los valles espaciosos y fértiles de los Alpes, de los lagos semejantes a espejos, de ventisqueros azulados, de frondosos bosques y hermosos paisajes agrestes, se alzan en los Andes, peñascos de 3.000 pies en la más completa desnudez. Los valles son grietas angostas, abismos profundos que apenas dejan espacio para los dos encadenados arroyos que recorren la montaña. Grandes montones de peñas ruedan en varias direcciones, sofocando la vegetación. La falta de extensas llanuras de nieve y el resumirse por los pedregosos terrenos movibles de la humedad hace que algunos parajes sufran total carencia de agua. En los Andes faltan las verdes llanuras, las sierras labradas, las aldeas y ciudades, las lecherías y rebaños de los Alpes. En su lugar sólo aparecen inmensos desiertos donde ni los hombres ni las bestias encuentran asilo. En los valles domina una aridez sorprendente; y sólo los insectos interrumpen el silencio sepulcral que en ellos reina. La chinche venenosa conocida con el nombre de vinchuca abandona de noche sus guaridas y es el terror de los viajeros. A los 700 pies desaparecen hasta los insectos y sólo el puma o león americano se extravía alguna vez en las alturas.

"Toda clase de alimento falta. Ni el pescado se encuentra en los ríos por la extremada frialdad del agua. La reunión de todo esto hace casi impracticables las montañas de la cordillera. Días de calor ardiente alternan con noches de frío glacial; de un viento apacible, nace de pronto un huracán espantoso; y en el invierno, se suceden las tormentas con todos los horrores de la tempestad".

En 1817 eran muy pocos los puentes que existían y era necesario suplirlos con grandes troncos de árboles cubiertos de faginas pero sin ninguna clase de pretil. En los lugares donde el río siempre impetuoso ocupa totalmente el valle, hay que buscar un sendero subiendo la montaña de pendiente tan rápida que casi no presenta apoyo para la insegura planta del viajero. El menor resbalón hace hallar una muerte cierta en el fondo del abismo. Los hombres y las cargas debían marchar unos tras otros por los ásperos senderos y era enorme el trabajo que exigía la conducción de la artillería. En los salientes de la montaña las dificultades crecían. En los puntos culminantes el frío era glacial. El aire sutil hacía más penosa la respiración y obligaba a entenderse sólo con grandes gritos que lastimaban la garganta. La puna o constipado de la montaña causaba dolores de cabeza, grande abatimiento y pesadez de plomo en los pies que se negaban a avanzar.

En medio de tantas dificultades por el clima y el terreno, San Martín se mostró digno de estar a la cabeza de tan magna empresa; su ejemplo y su constancia brillaban ante la tropa cuya adhesión ilimitada la sostuvo en la resolución inquebrantable de vencer o morir junto a su Jefe".

Termina la memoria que he sintetizado, con estas palabras admirables: "Los españoles parecían haber olvidado todas las reglas del arte de la guerra, lo que prueba que los generales creían imposible al ejército enemigo franquear los Andes. Fue el patriotismo del gran Capitán Argentino el que convirtió lo imposible en simples obstáculos tácticos".

Alumnos, San Martín es el modelo que la historia os propone; y si el destino os ha hecho nacer de su estirpe y en su tierra es invitándoos a emular su grandeza.

Prof. Irene E. Caminos

ADENAUER Y SU ALEMANIA

Con especial autorización del autor publicamos el presente artículo, aparecido en el Nº 62 de la revista "Defense de l'Occident" de París.

El anticomunismo es una cosa muy linda. Es la salsa que sirve para hacer pasar 'cualquier pescado; y me parece que vamos a tragarnos bastante con esta presentación. No acabo de admirarme de que tanta gente, con esta sola palabra, se haya dejado cegar sobre este Adenauer tan limpiamente despachado por los alemanes y del cual, sin embargo, los menos ingenuos de los franceses hablan con tanta compunción. A pesar de ello su muerte nos ofrece una excelente oportunidad para aclarar nuestros pensamientos, y yo no he de titubear en exponer sin ambages el mío, que no ha variado en absoluto y que me ha sido reprochado a menudo con espanto.

La obra política de Adenauer me parece grave, y hasta abrumadora, porque ha sido el canciller de la capitulación moral de Alemania. Ha aceptado, registrado y oficializado la degradación de Alemania, ha hecho de esa degradación la posición pública de su gobierno y, por primera vez en la historia, ha hecho del deshonor de su país la piedra angular de su vida política. Lo que ningún gobierno vencido ha aceptado firmar jamás después de una derrota, o sea, que su país era el *único* responsable de la guerra, que *solamente él* había cometido atrocidades espantosas que debía recordar eternamente, que sus más ilustres soldados y sus ministros más enérgicos habían sido criminales de derecho común, que los alemanes que se sacrificaron por su país en guerra constituían en realidad una asociación de malhechores; todo esto no sólo lo ha firmado Adenauer, sino que lo ha proclamado, lo ha escrito sobre las banderas de su pueblo, y se ha nutrido y se ha hecho grande con ello, y por ello ha sido recompensado. Constituye una magnífica ilustración del poder formidable de la propaganda, y de la impotencia total de la evidencia, el que nadie se aperciba de que los años del gobierno de Adenauer son *esto*, ante todo y esencialmente *esto*.

Instalado sobre esta pasarela del deshonor, plácido sobre este océano de mentira y humillaciones, Adenauer se dejó llevar por el tibio monzón que traía simultáneamente una lluvia de dólares y suaves efluvios de prestigio mundial. No sólo no ha reaccionado, no sólo no ha protestado ni intentado salvar algo, sino que ha gobernado con este viento favorable, ayudándolo y ayudándose con él. Las condenas de Nuremberg, inevitables de hecho, no fueron soportadas en silencio y llevadas como una cruz: fueron altamente aprobadas; y no sólo aprobadas, sino inscriptas en la legislación, prolongadas por una innoble jurisprudencia alemana que invita a los tribunales alemanes a buscar, perseguir y condenar, en nombre de los principios del vencedor, a los patriotas alemanes que han logrado sobrevivir; y que ha tenido efectivamente por consecuencia vestir con traje de presidiario a viejos de setenta y cinco años, porque tuvieron la desgracia de ser coroneles en sectores infectados de guerrilleros. El retorno de los judíos, su insolencia, su omnipotencia y sus pretensiones exorbitantes — otro hecho inevitable — no han sido solamente aceptados como una indemnización de guerra de género desconocido: se ha bendecido y agasajado a esos judíos y se les ha mirado como a un don del cielo. El canciller no ha vacilado en aceptar a ojos cerrados todas las cifras, todas las afirmaciones de la propaganda que trataba de manchar a su país. Ha ido más lejos todavía: hizo de esas cifras y de esas afirmaciones una verdad oficial, cuyo público y permanente recuerdo aceptó al alimentar durante quince años al Estado israelí —que no existía en el momento de las hechos

alegados— con un formidable tributo que materializaba a la faz del mundo la extensión de la culpabilidad alemana. El de los campos de concentración era un caso que cabía defender: al gobierno alemán le era posible hacer constatar de manera irrefutable las falsificaciones y las exageraciones; podía demostrar por medio de investigaciones —que él era el único en condiciones de realizar en forma completa— el mecanismo de la vida en los campos; podía denunciar la audaz transferencia de responsabilidades mediante la cual se habían desnaturalizado los hechos. Podía también pedir que se hiciera lealmente la historia del estallido de la guerra y exigir que se expusieran frente a la opinión las ofertas de paz; dejó sin embargo este expediente de lado por su propia voluntad, ignoró su existencia. Compró con su silencio la benevolencia de sus enemigos. Por un pacto tácito, Adenauer ha pagado su éxito y su mantenimiento en el poder aceptando legalizar el deshonor del pueblo alemán.

En una situación infinitamente más difícil y bajo presiones infinitamente más graves y coercitivas, rehusó el Mariscal Petain dejar que sus jueces proclamaran la responsabilidad de los dirigentes franceses de 1939 en el estallido de la II Guerra Mundial. Detestaba el Mariscal Petain la obra de los acusados de Riom tanto como podía el canciller Adenauer detestar la obra de Hitler. Estaba, como la mayoría de los franceses, convencido de la culpabilidad de esos acusados; al rehusarse a que se les juzgara, arriesgaba provocar la cólera de los franceses que le habían acogido como a un salvador —y efectivamente la provocó, y fue grande esta cólera — arriesgaba disminuir su propia autoridad; y efectivamente la disminuyó. Sin embargo, se rehusó a admitir que un Jefe de Estado francés participara oficialmente, por intermedio de sus jueces, en el acta de acusación levantada contra su propio país. Jefe de una nación vencida e impotente, se negó a imponer a su país el sayal de los condenados. Marchaba Francia en la desgracia, herida y lastimada, pero no abofeteada. Muchos reproches le fueron dirigidos entonces al Mariscal: no tenían razón quienes lo hacían. El Mariscal Petain y Pierre Laval que lo aprobó en esta circunstancia se conducían como hombres de Estado y como hombres dignos y valientes. Es de lamentar que no se pueda decir lo mismo del difunto canciller.

Sé muy bien que Adenauer permitió que algunos obscuros pretores del nacional socialismo salvaran algunos despojos de su púrpura. Pero también se sabe cuales eran las condiciones para ello: era necesario que aceptaran participar en la "reeducación" de su pueblo. La "reconversión" moral, la "remodelación" de la personalidad y del pensamiento, el silencio ante la injusticia y la mentira, la más estricta alineación sobre lo que pluguiera decidir a los señores de la Comisión de Control, eran el precio con que se pagaban los puestos, el olvido, y a veces las pensiones. Había que plasmarse sobre Adenauer. El nuevo señor de Alemania no sólo hizo de la abjuración una política oficial, sino que fomentó su proliferación, la esparció como un contagio y la recompensó como un servicio público.

Mediante lo cual Alemania *resurgió*. Es el gran argumento. No diré yo que lo que hubiera sido asombroso, y hasta imposible, es que no resurgiera: ya hablaremos de esto enseguida. Pero querría que los que emplean este argumento se den cuenta de lo que en realidad dicen. Si el resurgimiento material de un país debe hacerse al precio de su ruina moral, entonces, frente al materialismo capitalista y al materialismo marxista, ¿qué es lo que defendemos nosotros? Quienes se llenan la boca con el "milagro alemán", quienes excusan en su nombre la apostasía, la capitulación, el silencio y la sumisión, ¿se dan cuenta de que están maduros para las "democracias populares"? ¿Qué se exige de ellos, sino este *mea culpa,* este camino de Damasco, esta conversión que se recompensa con puestos y prebendas, o a cambio de la cual se tiene al menos el derecho a vivir? ¿Y qué es lo que les hemos impuesto nosotros a los alemanes después de la "victoria", sino esta apostasía masiva, a cambio de la cual se los ha regado copiosamente de dólares? Reconocer este chantage, aprobarlo y

admirar sus resultados, es aceptar los principios y el signo de nuestros adversarios. El que hoy grita *salchichas über alles,* gritará mañana *Dólar über alles,* e irá pasado mañana a sentarse muy juicioso en los cursos vespertinos de reeducación, para que el Partido le acuerde a fin de mes su certificado de civismo.

Es tentadora, esta política de "arrancar las almas", de la que ha sido Adenauer el brillante instrumento. Y sin embargo, el mejor servicio que se les puede hacer a los americanos es explicarles que a largo plazo, es una política extremadamente peligrosa. Aplastar a un país, reducirlo a escombros, arrasarlo y cauterizarlo, y después sacar la libreta de cheques y ofrecer pagar la cuenta, con la condición de que se cambie la planta humana que crecía en ese terreno, constituye una insolencia de multimillonario que efectivamente hace salir del suelo millares de fábricas rutilantes y una maquinaria moderna con las cuales no es difícil recuperar los precios de costo del "milagro alemán". Pero no es tan fácil hacer renacer en los corazones la planta humana cuyo germen se ha matado, como multiplicar hormigoneras en las obras. Cuando después se tiene necesidad de un pueblo, se encuentran máquinas, productores, técnicos, que pueden recibir cualquier simiente, tanto la vuestra como la de vuestro adversario; pero no se encuentra alma, no se encuentra nada que resista, y, por consiguiente, nada que exista. Metternich decía antaño que Alemania no era más que una "expresión geográfica". Mucho me temo que nos veamos forzados a decir que la Alemania actual no es nada más que una "expresión económica". Y esto, que no es tranquilizador para nadie, es, finalmente, el balance de la política de Adenauer. Ha alimentado a Alemania con sumisión y apostasía; es un alimento rico en feculentos que ha dado por resultado un "bebé Nestum". Hará muy buen efecto sobre la tapa de una revista, pero un "bebé Nestum" no es nada.

En otro plano, completamente distinto, la política de Adenauer ha sido para Alemania tan desastrosa como deshonrosa. Es indiscutible (y las más conformistas de las notas necrológicas no consiguen ocultarlo) que Adenauer tiene una gran parte de responsabilidad en la división de Alemania. En vez de dirigir todos sus pensamientos y todos sus esfuerzos hacia una reunificación que se convertía año a año en un problema más dramático, subestimó sistemáticamente la gravedad de esta situación, adormeció a los alemanes afectando optimismo, y les incitó a apartarse de esta amarga preocupación ocupándolos en los problemas fútiles del enriquecimiento, de la exportación, de la competencia, substituyendo en ellos el instinto nacional por un mercantilismo hacia el cual sienten ya demasiada inclinación. Dejó que se acusara de "nacionalismo", de "espíritu de revancha", a aquellos que pensaban con angustia en el porvenir de su país. Fomentó el absurdo ensueño de que las cosas se arreglarían solas, que la atracción de la prosperidad material sería irresistible, forzando a la Rusia soviética a soltar su presa. Este infantilismo político hizo perder a Alemania un tiempo precioso. El tiempo trabajaba contra la reunificación y Alemania perdió la partida por su inmobilismo. La separación es hoy tan total, los dos bordes de la herida están tan bien cicatrizados, que de ningún modo puede pensarse, en la situación actual, en otra cosa que no sea una unión confederal que condenaría a la impotencia a Alemania y a Europa simultáneamente. A causa de estos resultados, la estupidez y las segundas intenciones de Adenauer pesan tanto sobre nuestro futuro como sobre el de los alemanes.

Es falso afirmar que la situación no tenía salida. Se presentaron ocasiones, y se ofrecieron bases de discusión. Una nota soviética de 1951, que abría una posibilidad de solución, fue dejada sin respuesta. En 1952, una segunda nota soviética proponía la reunificación a cambio de un control del rearme alemán por las cuatro potencias: Adenauer no supo emprender la negociación. Una tercera ocasión se presentó en 1954, en condiciones más delicadas, cuando la conferencia de Berlín: Adenauer se mostró igualmente inerte. No dejaba la política soviética de tener sus segundas intenciones: tendía a oponerse al protectorado

americano sobre Europa favoreciendo las condiciones para una independencia militar y política de los estados europeos. La U.R.S.S. estaba dispuesta a pagar un buen precio por este resultado, que después otro viejo le ofreció gratis. También había segundas intenciones en la sordera de Adenauer y en su indiferencia frente a su país amputado: en primer lugar, detestaba a los protestantes de Prusia tanto como De Gaulle detestaba a los Pieds Noirs. Y siendo por lo demás recíproca esta antipatía, tenía una consecuencia evidente: la reunificación quitaba a la Unión Demócrata Cristiana toda esperanza de conquistar en Alemania la mayoría absoluta. Adenauer, que no tenía ningunas ganas de hacerse el *hara-kiri* sobre el altar de la Patria, coloreó su maquiavelismo con bellas razones, y se escudó tras la Democracia, Europa y el Pacto Atlántico. En realidad, le venía muy bien la división de Alemania, al asegurarle el poder a perpetuidad; y deseaba muy pronto la reunificación, que probablemente se lo habría quitado.

Sí; abrazando los dos aspectos de esta biografía, veo muy bien lo que es Adenauer: es el alemán cuyo retrato se me hacía cuando yo era muchachito, en 1917: solapado, obsecuente, bajo frente al más fuerte; por otra parte disciplinado, serio, aspirando a inundar el mundo con sus productos químicos y con su mercadería barata; el alemán, en fin, con casco en punta, el alemán de los anti-alemanes. No me asombra que esta imágen les haya gustado tanto a quienes en el fondo de su corazón detestan a la verdadera Alemania y a sus temibles virtudes. En esa imágen encuentran una Alemania internacional, ànglosajona, "guillermina", competencia comercial ciertamente un poco molesta, pero no obstante nación occidentalizada que nada tiene ya de extraño y cuya buena educación hace olvidar el olor fuerte de los germanos. A mí, en cambio, me gusta de Alemania todo lo que esas gentes abominan, su coraje y su lealtad, su grandeza de pueblo-soldado, Arminio en su selva levantándose contra las legiones de Varo, la gran línea de los guerreros unidos por cadenas, marchando al paso y cantando el *peán* real bajo el redoble de los tambores de Verceil, y los cascos bárbaros de los caballeros teutónicos montando la guardia sobre la marca de Occidente. Esa es la Alemania que me gusta, aquella con la cual se puede construir un continente europeo. Y ciertamente hay que decir que es esta Alemania —roble antiguo plantado por los siglos en el corazón de Occidente— la que ha sido arrancada de raíz por los Aliados. Y Adenauer fue el leñador que les servía; en nombre de ellos ha empuñado el hacha, ha lastimado y mancillado al viejo árbol y le ha inferido heridas aún abiertas. Quisiera que aquellos que haciendo fe de las palabras de sus diarios, admiran tanto a Adenauer, comprendan que la muerte del viejo roble germánico es, no sólo un crimen contra Alemania, sino un crimen contra todas las naciones de Europa; y en particular contra nosotros los franceses, puesto que después de todo somos los hijos nacidos de la unión de la Romanidad con los francos de Germania. Al renegar no sólo de la Alemania que la Historia construyó desde Koenigsberg hasta Estrasburgo, sino también de la imágen del hombre sobre la cual los bárbaros francos —auxiliares y herederos de los cónsules de Roma— habían fundado la virtud de Occidente, Adenauer se declaró enemigo y sepulturero de nuestro más valioso patrimonio. No tengo nada en común con los mercachifles bebedores de cerveza que me propone como ideal en lugar de lo que ha destruido. El "milagro económico", la maquinaria nueva y el dinero barato, constituyen los tres pilares de un ideal por defender al cual no levantaría yo el dedo meñique. Esto es lo que encontraba indispensable recordar.

El "milagro económico" no era difícil, lo repito, con la maquinaria moderna que los Estados Unidos proporcionaban para reemplazar a la que habían destruido. El restablecimiento de la independencia alemana constituía también una salida natural que era imposible evitar, puesto que nadie se ha imaginado jamás que Alemania pudiera vivir veinte años bajo la administración de generales americanos, ingleses y franceses. Todo lo que ha obtenido Adenauer es, pues, lo que era fácil y casi inevitable obtener.

En cambio, no ha obtenido nada de lo que era difícil obtener, ni la reunificación de Alemania, ni siquiera su rearme integral o la posesión de Berlín. Flacos resultados, frente al aplastante pasivo que ha sido aceptado.

Por el buen servidor desaparecido suenan hoy las campanas en la prensa del hemisferio controlada por la potencia judía. Veinte, diez años ha, acompañaban los mismos repiques solemnes a Roosevelt y a Churchill. Eramos entonces los únicos en escribir que Roosevelt era el mayor de los criminales de guerra y que Churchill había sido la maldición de su país y el enterrador del Imperio. Estas blasfemias que pronunciábamos entonces al paso del cortejo, son hoy juicios convenientemente difundidos y hasta secretamente aceptados por mucha gente que afecta en público una actitud prudente. Dejad que pase el tiempo: este juicio que hoy se ha de leer quizá con indignación, aparecerá entonces —al igual que los precedentes— como una de esas verdades que no se tienen el valor de proclamar, pero de las que se sabe muy bien que no se pueden negar.

Maurice Bardèche
(Trad. Francis Seeber)

Metafísica del régimen

¿Qué es el régimen? He aquí una pregunta que muchas veces se habrán formulado quienes de una manera u otra admiten la existencia de una superestructura política cuya operancia sobre nuestra realidad socioeconómica les resulta indiscutible. Sin embargo, la palabra "régimen" despierta en todos una resonancia emotiva, un sólido sentimiento de rechazo, pero solamente una muy difusa representación intelectual.

Es difícil penetrar en la realidad del régimen, oculto tras las máscaras y disfraces de las "instituciones republicanas", la "representación popular", la "partidocracia" y la "libre empresa". Pero tal vez más arduo aún resulte analizar el *quid* de la percepción que la inteligencia nacional ha estructurado sobre esa realidad.

La experiencia histórica nos ha demostrado cabalmente que el régimen no se identifica con un sistema político, social o económico determinado. Antes bien es susceptible de encarnarse con pareja eficacia en distintos cuerpos e instituciones. El régimen es plástico; esta es su mayor condición de perdurabilidad.

El nacionalismo ha dicho que combate al régimen. En realidad ha hecho un esfuerzo dialéctico importante en pos de su cambiante corporeidad. Mas seríamos inútilmente optimistas si profesáramos que ha tenido pleno éxito en esa dura labor pesquisitiva, en esa difícil búsqueda del proteico enemigo. Es que las defensas del régimen —prensa, cultura oficial, mentira histórica, distorsión económica— son múltiples y bien arraigadas. Muchas veces estas defensas —alimentadas con el oro extraído por el Estado o desde el Estado— han logrado confundir al nacionalismo que creyó advertir que tal o cual estructura concreta *era* el régimen. Con lo que fal-

samente concluyó que destruida esa estructura, el régimen moriría. Así sucedió con la *democracia electoralista*. Hoy vemos que el régimen tal vez viva más desahogado en el ámbito vital de una dictadura de origen militar.

La plasticidad del régimen obliga a plantear la cuestión de su esencia desde un punto de vista metafísico, si se nos acepta la pretensión. El estado colonial, la economía del lucro intangible, la sociedad inválida son los fenómenos del régimen. Su esencia permanece oculta, difusa, participada en hombres, familias, grupos, sociedades y estamentos aparentemente desvinculados entre sí pero unidos subterráneamente por una implícita profesión de fe colonialista.

EL REGIMEN COMO PROFESION DE FE COLONIAL

Tal vez el régimen no sea otra cosa que la objetivación de una cantidad indeterminada de apetitos grupales nacidos, cultivados y desarrollados al margen del interés nacional. Tal vez no exista una deliberada voluntad regiminosa, susceptible de ser aprehendida a través de conductas sociales concretas. Pero hay un punto *alfa* en la génesis de la mentalidad colonial sin cuya precisa determinación los análisis políticos y sociológicos han de fracasar irremisiblemente.

¿Cuál es el motor que ha producido la mentalidad colonial? En otros términos: ¿qué ha movido a la clase hipotéticamente dirigente a separar sus concretos intereses económicos, sociales y culturales del interés general de la Nación? O mejor aún: ¿cuál ha sido la causa de la alienación política de nuestras clases dirigentes?

Ya no es posible dudar —después de los profundos análisis de los hermanos Irazusta— que la clase dirigente argentina no ha sido más que clase gerente. Tampoco existen motivos de polémica en la afirmación de que después de Caseros esa clase dirigente comienza, con vigor y paciencia, a construir el régimen que ha de cristalizarse definitivamente con Roca.

La mentalidad colonial —que había explotado con Rivadavia y que parecía inevitablemente proscripta con Rosas— ha hecho gala de una pujanza no usual en sus esfuerzos por reducir los fenómenos naturales propios de la nacionalidad. Un régimen que acude sin empacho a la utilización de tropas extranjeras para "cazar" a los montoneros es realmente una curiosidad universal. A la vuelta de los años esa mentalidad no trepidaría en pedir la "intervención" de fuerzas internacionales para neutralizar otro brote de "caudillismo".

En la íntima contextura de esa mentalidad hay un cierto mesianismo al revés y una irrefrenable vocación por la ideología. Por el mesianismo invertido, la mentalidad colonial cree que todo lo autóctono es negativo y todo lo ajeno positivo. Por el ideologismo prefiere manejar la abstracción conceptual y no la concreta realidad circunstanciada. Ni que decir que la oligarquía colonial ha sabido conciliar sus vicios espirituales con su propia prosperidad. Pero este no es el punto: falta saber por qué no ha elegido amparar su preponderancia y su prosperidad bajo el interés de la Nación toda.

Es admirable la perseverancia de esta mentalidad colonial en lo que respecta a la "transformación" del país. Sarmiento y Alberdi querían cambiar al pueblo. No educarlo, sino liquidar la estirpe criolla y rellenar el gran espacio vacío remanente con sajones. Esta monstruosidad tuvo principio de ejecución. Al criollo se lo persiguió, se lo acorraló, se lo condenó a una existencia inferior. Sin embargo los aportes de sangre "europea" que se vertieron a raudales sobre el país, no consiguieron establecer una síntesis humana muy distinta de la preexistente. Los ingleses —relictos de las invasiones o colonos traídos de la fabulosa imaginación rivadaviana— se agauchaban. Los polacos, los alemanes, los italianos también. Y a espaldas del régimen colonial se hizo una nueva masa humana que se doblegó sin resistencias ante la potencia de la geografía y la presencia irreductible de lo hispánico co-

mo principio organizador de la convivencia.

El régimen fracasó *sociológicamente.* A partir de 1914 aprendió a contar con una masa popular desconfiada y adversa. Y se manejó con increíble cinismo frente a esa realidad imposible de desconocer. Apeló a todas las instancias para mantener incólumes los presupuestos de su acción política: el fraude patriótico, el cuartelazo, el mito constitucional. Y se refugió en el ideologismo liberal para aparentar una cierta "espiritualidad", para configurar una justificación de su constante antinacional.

Las palabras "democracia", "libertad", "igualdad", "estado de derecho" y "ley" fueron esclavas condescendientes de turbias realidades, de espantosos negociados y de la sistemática entrega de nuestro patrimonio.

En suma: el régimen quiso cambiar al pueblo y no pudo; quiso entregar el espacio inerme y tropezó una y otra vez con algo viviente y cálido que nosotros llamamos conciencia nacional y ellos desprecian como "barbarie". La fe colonial, la creencia casi dogmática en la excelencia de lo extranjero y en la miseria de lo nacional, persiste, dura, triunfa, domina. ¿Por qué?

EL REGIMEN COMO SUPER-ESTRUCTURA POLITICA

Es que la máxima argucia del régimen ha sido precisamente ocultarse y dar la batalla donde y cuando sabía que su enemigo mortal —el nacionalismo— no podría competir.

Dijimos que sociológicamente el régimen había fracasado. El 17 de octubre, en la más grande operación de política de masas que vio el país, la muchedumbre estaba compuesta por "cabecitas negras" —restos del criollaje proscripto— pero también por hijos de gringos, polacos y maronitas lanzados contra el régimen con violencia inusitada.

Conciente de esta debilidad, la mentalidad colonial se enquistó en una superestructura política total y absolutamente divorciada de la realidad nacional. La piedra de toque de todo esto fue el mito constitucional, la intangibilidad —proclamada pero no cumplida— de ciertos dogmas volcados en la constitución de 1853, producto del iluminismo heredero de las malformaciones de la "ideología pura", que tanto deslumbrara a nuestros próceres.

Al amparo del mito constitucional, se fue plasmando un estado —un sistema de poder— capaz de ser infinitamente duro con el pueblo e inconmensurablemente blando para con el interés extranjero. El estado del régimen era liberal cuando se trataba de los intereses de los monopolios: Dios y la CADE lo saben. Pero se transformaba en un activo policía cuando se trataba de imponer gabelas, desalentar al capital nacional o admitir las conquistas sociales de las clases más humildes.

Si al presidente lo elegían los cenáculos del interés anglófilo, al legislativo se le permitían ciertas módicas libertades: un Palacios grandilocuente y ganado él mismo por un espejismo ideológico; un Lisandro de la Torre incapaz de universalizar su disentimiento. Al poder judicial le tocaba en suerte convalidar con medulosos fallos la consuetudinaria reverencia para con el "capital civilizador". Y a los gobiernos "federales" llevar la savia provincial a las arcas de los bancos portuarios. Todo un cuidado mosaico de contradicciones en el que el "ejecutivo fuerte" castigaba a la Nación, el Congreso discutía tal o cual detalle del estatuto colonial, la "justicia" amparaba en precisas fórmulas jurídicas la voluntad de enajenación, y el sistema federal oprimía a las provincias en el trapiche del régimen impositivo creando terribles desigualdades so capa de la igualdad ante la ley.

Esta superestructura nunca fue seriamente amenazada. Cuando algunos representantes del pueblo —más o menos auténticos— llegaron a ella, cometieron invariablemente el error de aceptar los presupuestos de las instituciones a que accedieron, como absolutamente válidas

e insusceptibles de una esencial modificación. El más extenso intento de cambiar la base del estado del régimen fue la reforma constitucional de 1949, en la que no se sabe si admirar más la cantidad de normas sin valor material o el transido respeto por la esencia individualista y liberal de la carta de 1853.

Históricamente las responsabilidades están bien divididas. No hace al caso atribuir culpas y pronunciar veredictos. Todos somos culpables de no haber atinado a desmontar el reducto del régimen. Incluimos, naturalmente, a esta presunta revolución argentina que —ya está dicho— tropezó con la médula del régimen y cayó postrada ante él.

METODOLOGIA ANTIRREGIMINOSA

Así pues, el régimen es mentalidad colonial encarnada y superestructura política descarnada. La mentalidad colonial se manifiesta en los múltiples fenómenos y procesos de la realidad social y económica, ahora bien apoyada por la cada vez más potente presión del capital internacional. La superestructura política —aparentemente separada de la mentalidad colonial— sirve por mandato de su ley interna a los intereses del régimen por cuanto es criatura del régimen.

¿Cómo debe lucharse contra esta doble servidumbre nacional? Pues aislando en cada manifestación cultural, social, económica o política la componente regiminosa. Y después —o simultáneamente— montando un aparato político capaz de apoderarse del poder con el manifiesto designio de alterar sustancialmente sus bases de sustentación.

El método "aislante" proporciona una gran amplitud de maniobra intelectual ya que permite evitar los peligros del ideologismo y del nominalismo. De esta manera habrá que analizar con cuidado y en cada caso hasta qué punto determinada estructura, institución o corriente social participa del régimen. Esto nos ha de llevar de sorpresa en sorpresa. Nos daremos cuenta que elementos que juzgábamos indiscriminadamente regiminosos son en realidad cuerpos extraños en el ámbito colonial. Y, por el contrario, llegaremos a la conclusión que ciertos puntales del antirrégimen son en realidad válvulas de escape de la mentalidad colonial.

No hay más remedio que discernir, distinguir y obtener una visión microcósmica de cada fenómeno social. Con esas piezas habrá que recomponer la *weltanschauung* de la Nación Argentina porque el trigo y la cizaña todavía no han sido separados.

En cuanto a la destrucción de la superestructura política, esto es, la coronación de la empresa nacionalista, hay que prevenir la contaminación a que hemos estado expuestos durante largos años de inmersión en la densa atmósfera colonial.

En cierto modo todos somos *régimen*. Hemos aprendido en las aulas del régimen, hemos votado los candidatos del régimen, estamos comprometidos en la vorágine económica del régimen. Esto, en mayor o menor medida, nos ha infligido algún prejuicio.

Estos prejuicios van a la médula de nuestro pensamiento político. Su común denominador es imponer ciertos aspectos de la superestructura política como necesarios e irreducibles. Sería inútil atrapar el poder si luego en lugar de servirnos de él para liberar a la Nación, él se sirviera de nosotros para continuar su larga obra de sometimiento y vasallaje.

Así pues las vertientes de la mentalidad antirregiminosa son dos: relativa, en cuanto no habrá nada totalmente negativo en la fenomenología social hasta tanto no se hayan analizado sus escorzos con entera objetividad; absoluta, en cuanto al designio de aniquilar el aparato de poder montado por el régimen.

Esta dualidad hace necesaria una gran flexibilidad en la apreciación de los hechos políticos. No hay dogma sino éste: sólo es bueno lo que al régimen se opone; sólo es malo lo que al régimen afianza. El primer corolario es, enton-

ces, la intrínseca perversidad del aparato político creado por el régimen. Con tal esquemático sistema de valores, es posible comenzar a indagar la realidad y arrancarle sus más recónditos secretos. Así caerán una a una las defensas del régimen. Así sus disfraces y mentiras llegarán a ser del todo ineficaces. Así la conciencia nacional se liberará de todo rastro de coloniaje y estará pronta para hacer del poder político la herramienta de la definitiva consolidación de nuestro destino histórico.

ENSAYO DE DEFINICION

¿Qué es, pues, el régimen? Régimen es la manifestación objetiva de un cierto principio ordenador de la vida comunitaria según el cual el valor máximo que debe regir la convivencia nacional no es intrínseco a la comunidad de que se trata sino extrínseco; por lo que la Nación debe estar sujeta o bien a un poder exógeno o bien a un sistema ideológico que recoja dicho valor supremo.

Ahí está la esencia de la mentalidad colonial. A la Nación se la acepta como espacio; a su pueblo como ser pasivo, objeto de normaciones y dogmas constitucionales. Pero nunca como generadora de principios válidos en lo político, lo económico, lo social o lo cultural. La Nación es sierva de la ideología; no determina al sistema sino que el sistema se le impone por su validez dogmática. Lo que en definitiva connota a la mentalidad colonial con un decidido matiz idealista.

"¿Y esto tan aséptico, tan vacío de sustancia, tan innocuo es el régimen?" — se preguntarán algunos. Sí, esto; esto en esencia. Pero, ¿se advierte con claridad lo monstruoso que resulta sujetar a todo un pueblo a una condición servil por las exigencias de un dogma ni revelado, ni demostrado, ni demostrable? ¿Se aprecia con claridad la elevada cuota de libertinaje político que proporciona el guiarse solamente por abstracciones ideológicas o por imitaciones de pseudo valores ajenos? ¿Se vé con nitidez la traición al propio ser que representa la sistemática alienación de vida y fuerza que es el ejercicio de la mentalidad colonial?

Todo crimen, todo latrocinio y toda exacción cabe en la mentalidad colonial. Porque en nombre de la humanidad es posible ser terriblemente cruel con el prójimo; en nombre de la Libertad, bárbaramente tiránico con el pueblo; en nombre de la Igualdad, arbitrariamente duro con los débiles. Y —lo que es más evidente— tremendamente desprejuiciado con la tierra y la riqueza que en ella se sustenta, ya que su dueño no es este concreto pueblo argentino que en ella vive y en ella trabaja, sino un remoto principio del lucro intangible ante el cual toda cerviz debe doblarse.

¿Habrá que agregar que son siempre los imperios exteriores los que se benefician con todo ello?

En esto prima una profunda inmoralidad. Tal vez tal o cual prohombre del colonialismo o sus hijos y clientes —en sentido romano— no sean *subjetivamente* culpables de este estado de cosas, de esta libérrima disposición de la riqueza y el trabajo argentinos como cosa propia. Pero en la última realidad del sistema hay una culpa colectiva que algún día habrá de expiarse. Nuestra voluntad, nuestra sincera voluntad de nacionalistas y cristianos, es que la inevitable justicia sea estrictamente eso: justicia. Y no la contrafigura del sangriento revanchismo de que ha demostrado ser capaz la mentalidad colonial cuando creyó llegada la hora de la fuerza.

CARLOS P. MASTRORILLI
(Especial para JAUJA)

SARMIENTO VISTO POR TAMAGNO

Sarmiento está siendo sometido en los últimos tiempos a muy severos análisis. Del sanjuanino se ha estereotipado en realidad una imagen muy simplista, falsa o equivocada en muchos aspectos, y ahora no se trata tampoco de añadir más mojones a un antisarmientismo que a veces produce frutos contraproducentes, sino de ver con verdad, con coraje, hasta dónde, aquella imagen tradicional se compadece con la realidad de los hechos. El documentadísimo trabajo de Roberto Tamagno, *Sarmiento, los liberales y el imperialismo inglés*, (Peña Lillo, editor, 1963) no resulta favorable al autor de *Facundo*. Como quiera que sea, Tamagno es no obstante imparcial. Los implacables admiradores del Sarmiento-Leyenda y del Sarmiento-Mito dirán que se busca calumniar a su héroe. Indudablemente, Tamagno tiene partido tomado en materia histórica nacional y sus juicios poco o nada podrán agregar a los mantenedores o creyentes de la denominada *historia oficial*. Su revisionismo impedirá por ello, tal vez, una aquilatación equilibrada del valor de su libro, que —más allá de su postura ideológica— lo tiene enorme. Si lo que se busca cuando se va a la historia de nuestro país fuese sinceramente la verdad, revisionistas y no revisionistas deberían meditar serenamente sobre todo cuanto Tamagno manifiesta con seriedad de fondo y una impresionante ilustración documental.

Ocurre con el sanjuanino lo que con otros próceres, más de lo que uno se imagina: cada uno de su posteridad lo enfoca con la linterna que más le place o le conviene, para hacerle un *prefabricado*. Así hay en nuestra historia dos Urquizas, dos Alberdis, dos Echeverrías, por lo menos (a veces son más), pero siempre o casi siempre se nos dio la imagen uniforme de uno de ellos. Un sector evoca e invoca al Esquiú orador y defensor de la Constitución del 53; al otro, posterior y rectificatorio, se lo olvida. Unos recuerdan al Estrada liberal; se disimula su cambio a posteriori. Del contradictorio y a veces hasta absurdo Echeverría se extrae la filosofía más a gusto del seleccionador: hay uno demócrata y otro que no lo es, según lo que se lea y recorte... Para algunos sólo vale el Urquiza del Pronunciamiento, el federal sin Rosas y, sobre todo, el Urquiza *post-Pavón*, el tigre domado y amansado de San José. Para un sector el Alberdi enjuiciador de la guerra del Paraguay, el que se rectificó en su última etapa de los errores de su juventud, simplemente no existe: continúa viviendo, no el de los *Escritos Póstumos*, sino el autor de las *Bases*, el precursor el exilio unitario, el filósofo del colonialismo... Y el otro sector, por reacción, hace un poco lo mismo; cosa que puede explicarse pero en definitiva no se justifica, cuando de lo que se trata es de esclarecer los hechos patrios en la medida de lo posible para iluminar —si aún se puede— nuestros pasos como Nación y no simplemente de dar otra versión distinta de la misma historia, meramente al servicio de un interés partidista o ideológico.

Sin perjuicio de que cada uno adopte la postura mental o filosófica que mejor le cuadre, cabe pedir que se parta de un relato fidedigno de los sucesos. Esconderlos o tergiversarlos para luego hacer brillar sobre esos escamoteos de ilusionista la magnificencia de nuestras argumentaciones y nuestras tesis resulta en última instancia mezquino, desoladamente deshonesto. En tal sentido creo que Tamagno procede bien cuando no reitera ciertos cargos —que a veces se han formulado— contra Sarmiento. No hay por qué ir más allá de los hechos desnudos, de la verdad sencilla y llana. Para el autor de este libro no fue el sanjuanino un venal ni un traidor, sino un equivocado.

Precisamente hace resaltar cómo, mientras algunos se llenaban los bolsillos o dejaban que sus allegados y amigotes se los colmaran, Sarmiento fue personalmente un individuo honrado en materia de dinero.

"Está dentro del plan imperialista menospreciar y escarnecer a los pueblos so-

metidos y es ésta una coincidencia más del plan sarmientino con el inglés. Ratificamos que sólo la falta de visión política, y el candoroso espíritu de nuestro prócer, pudo equivocarlo. Su honradez está por encima de toda sospecha, pero en política las acciones se miden por los resultados, no valen las intenciones. No podemos decir lo mismo de sus aventajados discípulos, que siguen sirviendo al imperialismo" (Tamagno, *op. cit.*, p. 155).

Pero el libro es contundente. Los sarmientistas dicen que Sarmiento fue genial. Es difícil saber si lo fue o no: depende, un poco, del concepto que se tenga del genio. Sarmiento era, como tantos próceres, contradictorio. Hay que verlo, verbigracia, en materia religiosa. Y en otras. Y son sus propios testimonios —Tamagno ha tenido la paciencia de recorrer los innumerables volúmenes de sus obras completas—, amén de otras variadas y nutridas fuentes, no siempre bien conocidas ni citadas — los que retratan su verdadero perfil. Pocos libros como éste, quizás, contribuyen a que veamos al sanjuanino más al natural, tal como fue, y a que advirtamos cómo, para exaltarlo o negarlo, pero con preferencia para lo primero, se lo ha parcializado, se lo ha deshumanizado, se lo ha "seleccionado" intencionalmente, con mala o buena fe, para entregar de él la imagen que personalmente satisfacía al "antólogo" o al sector servido por éste.

Como político y hombre de acción, Sarmiento se contradijo más de una vez, sin contar con que sobre él gravitaron naturales pasiones humanas (aparte, claro está, de que todo bicho que piense tiene el derecho o por lo menos la ocasión de evolucionar en sus opiniones). También Sarmiento, aunque en menos grado que Alberdi u otros, se rectificó a la larga, cuando alcanzó a ver lo que anteriormente, en su ceguera ideológica o en su ignorancia, no quiso o pudo ver. En cierto sentido, como dice Tamagno, fue un cándido. (Nuestros teóricos —añade— creían que la grandeza inglesa era fruto del cumplimiento de los postulados de una determinada doctrina, que por eso debíamos practicar, y tal es la llave de bóveda de toda la construcción sarmientina). Cuando batallaba por que los ingleses se metiesen en el bolsillo la economía del país o por que el país adoptase los chirimbolos materiales en que cifraba su idea de la civilización, lo hacía indudablemente de buena fe. En cuestiones económicas le faltaban conocimientos, intuición —por lo menos— de la realidad. Dice Tamagno que sabía poco, pero que, más que ignorante, era parcial y obcecado; que se dejó deslumbrar por los ingleses; fue librecambista aunque en el principio estuvo por el proteccionismo, pero le faltó fe en el pueblo hispanoamericano. Su actitud ante el asunto de los ferrocarriles lo muestra totalmente desconocedor de lo que allí podía estarse jugando. De ahí que el juicio a su respecto tenga que ser en buena medida negativo. Una vez, en plena batalla parlamentaria pidió a los taquígrafos que tomasen nota de las risas con que sus oponentes pretendían confundirlo; y eso, aclaraba, para que la posteridad supiese con qué gente había tenido que habérselas. Sus biógrafos anotan con regocijado paladeo la anécdota. Lugones la relata en la página 271 de su historia del sanjuanino. Y Tamagno anota: razón tenían, que les sobraba, los senadores de Buenos Aires para reírse de las grandes inversiones británicas que proclamaba el cándido profeta. Se trataba en aquella ocasión de un ferrocarril y Sarmiento fue su campeón; pero Scalabrini Ortiz — páginas 157 y 158 de su *Historia*, según cita Tamagno—, dice que el aludido camino de hierro superó todos los abusos posibles...

Tamagno ha realizado una seria indagación histórica. Aunque a veces no se compartan en su totalidad sus puntos de vista o sus conclusiones, su libro es un aporte muy valioso que los historiadores profesionales harán bien en meditar y espigar, no para pronunciarse a favor o en contra de don Domingo Faustino, sino para ver si de una buena vez construimos un relato coherente y sincero de nuestra historia. No es una biografía de Sarmiento, como lo aclara, sino una tentativa de revisar y sistematizar su pensamiento político y económico; por lo menos en cuanto se vincula a cómo vio y quiso el progreso y el desarrollo argentino.

"Fundamentalmente creemos equivocados sus postulados esenciales y en el transcurso de nuestro trabajo iremos señalando nuestro disentimiento; pero al revivir con él su existencia ardorosa y combativa, hemos admirado su coraje, su decisión, su talento y su probidad. Nuestra aportación no tiene otra finalidad que la de contribuir a revisar su pensamiento político y económico, sistematizándolo. Tarea ésta tanto más premiosa y necesaria cuanto su nombre sigue siendo utilizado para cubrir orientaciones que no se compadecen con el interés y la felicidad del pueblo argentino". (Tamagno, *op. cit.*, Introducción).

De paso el libro esclarece bastante los conceptos que Sarmiento tenía de la democracia, de la justicia social, de la educación; las elecciones fraudulentas, cómo su saña implacable lo llevó a la presidencia, cómo trató a San Martín, la forma en que pensaba de los pobres, para quienes no quería hospitales ni asilos, mientras explicaba la *necesidad* del mendigo.

Se rescatan, acá y allá, personalidades que merecen bien de la patria, como el tan olvidado Mariano Saavedra, Zeballos, Terry. Se pone de relieve por qué, en postrera instancia, Juárez Celman —otro gran equivocado, que quiso finalmente rectificarse— ha sido cubierto de ignominia. Se destaca la acción, tantas veces oscurecida o relegada, de todos cuantos en nuestro país tuvieron preocupaciones educativas eficientes antes de y durante Sarmiento, a quien sin mayor examen se proclama el maestro por excelencia y educador poco menos que exclusivo y único. Se lo presenta en su calidad de creyente y en sus actitudes contra el sacerdocio, se recuerda su elogio del protestantismo y cómo estaba por la enseñanza religiosa, pero no la católica, puesto que él batallaba primordialmente contra el "exclusivismo católico", según decía. Está también el asunto de las maestras estadounidenses, descripto con sus verdaderos tintes. Añádense, en fin, nuevas referencias y testimonios sobre la triste historia ferroviaria argentina y acerca de las relaciones de nuestro país con la banca Baring. Tamagno ha podido aquí contribuir con extractos de un libro inglés, el de Ferns, cuya versión castellana sólo muy recientemente ha podido editarse y que trae —es notorio— datos sumamente reveladores, —inteligentemente aprovechados por el autor de este libro—, quien no olvida, tampoco, el asunto de la Patagonia, los conceptos raciales o racistas de Sarmiento, que nos trataba de inferiores, y recuerda artículos del sanjuanino no incluidos en sus obras completas —dice— para no ofender a Roca.

Es de esperar que después de este análisis, se haga una revaloración integral de Sarmiento, a la luz de lo positivo y lo negativo de su obra, sin obcecaciones ni prejuicios. Su personalidad compleja lo exige y el libro de Tamagno es un buen paso previo y hasta una avanzada en ese terreno. Necesitamos, del autor de *Facundo*, el Pro y el Contra.... el mismo balance riguroso y hasta despiadado, pero exacto y sin falsificaciones de derecha o de izquierda histórica, que Luis Alberto Murray hizo en su radiográfico estudio sobre Alberdi.

SOLER CAÑAS



Periscopio

10 IX 67. DIA DEL MAESTRO — Jesucristo mandó a nadie dijéramos maestro "porque un solo maestro hay, el Cristo"; y en el mundo cristiano ninguno lo es legítimo, sin alguna conexión con el Cristo. Sarmiento no lo fue.

Sarmiento no fue maestro ni en Panamá, donde lo nombraron "Maestro de América". Ni aquí tampoco.

Es inútil traten de galvanizar la momia de Sarmiento con discursos. Lo que Sarmiento fue: cualidades, defectos — y crímenes — está ya puesto indeleble en claro por sabios libros que nadie puede borrar; como los de Gálvez, De Paoli, Tamagno. Se puede engañar a alguno por siempre y a todos por un tiempo; pero engañar a todos por siempre no se puede.

La empresa de galvanizar la momia de Sarmiento en que andan algunos chantapufis como Nerio Rojas, es enteramente vana. Pierden el tiempo, aunque ellos con eso se den importancia.

11 IX 67. En la carrera de Rafaela perecieron siete espectadores, aplastados por un bólido desos.

Las carreras de autos no son lícitas según la moral cristiana, por el grave peligro inútil que crean. Tristes muertes.

12 IX 67. Se pueden suprimir las dos Radios oficiales en beneficio del contribuyente. No educan al pueblo; ni podrían educarlo aunque el pueblo las oyese.

DESEDUCAN.

—¿Y las músicas de Mozart y Weber que a Vd. tanto le gustan? — Pase.

—¿Y las funciones del Teatro Colón? — Venderlas a Radio Splendid.

—¿Y las mentiras de las "Efemérides Nacionales? — Radio Belgrano es capaz de inventar mentiras más lindas que esas.

—¿Y los sermones del P. Pizzariello? — Bueno, ahí me embromó: eso es inimitable.

16 IX 67. Entra en la Argentina por Bariloche S. M. el Rey de Oros Olaf V de Noruega. Digo "de oro" porque se presenta lleno de galones y medallas y no es oro todo lo que reluce; y en los pocos reyes que quedan en Europa, casi todo es puro "reluce".

Le pregunté a la noche: ¿Por qué en su país permiten enseñar la religión en las escuelas a los luteranos, los bautistas, los pentecostales y los adventistas; y niente a los católicos?

—Es lógico, me contestó el Rey.

Cuando me desperté, ví que era lógico.

"Noruega es un país poco religioso, porque NO RUEGA", chiste sonso de televisión que a lo mejor tiene miga.

18 IX 67. Las cartas del extranjero muestran sellos hermosos y permanentes, al revés de aquí. Aquí, por ejemplo, las estampillas de $ 8 y las de 20 tienen el mismo color, tamaño y tinte. Que se dejen de fastidiar a la población y los empleados a costa del contribuyente, por hacer filotelorismo barato.

20 IX 67. Al fin lo ví al Rey Olaf, hijo de Haakon. Banderas cruz negra y cuatro cuarteles rojos por todas partes. Es uno de los esparcimientos de nuestra Urbe, además de las "revoluciones"; que son principalmente tres, a cual más menguada: la Justicialista, la Libertadora y la Argentínica. Lo cual no ignoraba Olaf.

21 IX 67. Se fue Olaf V. Onganía tiene más poder que Olaf sin tener el título de Rey; Olaf es más demócrata que Onganía a pesar del título de "amante de la Democracia" que a este le da Alsogaray; porque unos cardan la lana y otros llevan la fama.

Ahora, eso de que "nuestro pueblo ha mostrado el intenso afecto que tiene a Noruega", . . . es "journalese". Nuestro pueblo no tiene intenso afecto ni a sí mismo.

22 IX 67. *"El General Pistarini ha retado a duelo al Dr. Illia"*. Dos viejos ridículos; o al menos, un gesto ridículo de un viejo.

Que un hombre cuya profesión es el ejercicio de las armas desafíe a un viejo médico, es doblemente ridículo: en último caso, el duelo debería ser a bisturí.

Pero se sabe de antemano que no habrá "lance caballeresco" y que el "código de honor" se satisfará con palabrería.

23 IX 67. He estado mirando la cara de los "banqueros extranjeros" que nos han honrado con sus fisgoneos, y me acordé de la frase de E. C. Bentley: "Si Vd. mira la cara de los multimillonarios, se da cuenta de que Dios no los ama".

A propósito desto, la nación diario acaba de descubrir la pólvora; a saber, que los capitales de extranjis ("bien venidos ellos", dice) podrían alzarse con poca plata con importantes empresas comprando en la Bolsa (que anda muy baja) hasta el 51 % del capital; cosa que anunció en esta revista A.G.P. hace tiempo. La nación diario se alarma sobre todo por los Bancos, que constituyen negocios redondos — como que son USURA en puridad. En cuanto a las acciones de la nación diario, no hay peligro; porque YA SON de propiedad extranjera.

Los remedios que sugiere el campanudo "editorialista" son agua de cerrajas.

26 IX 67. La "ciencia de la Finanzas" no es ciencia. ¡La ciencia de los "créditos"! El crédito es el fantasma del dinero y el dinero es el fantasma de los bienes reales; y nos venden esos fantasmas como si fuesen bienes reales. Para lograr eso, han inventado una terminología detrás de la cual no hay cosas sino tretas; que no depende del intelecto sino de la astucia. La mayoría desas tretas son secretas; y en el fondo dellas está la Usura, que consiste en ordeñar al dinero como si fuese una vaca y no un mero signo.

Mambrú compró cuatro diarios para leer el FONDO MONETARIO INTERNACIONAL con sus 106 naciones "rèpresentadas". Y no entendiendo nada, me vino a preguntar qué diablos quería decir "créditos *stand-by*" o "disponibilidad del convertible" o "liberalización de la economía". Yo le contesté lo que queda arriba.

La "ciencia" de las Finanzas consiste en el manejo de los signos-de-signos; la realidad de las cosas signadas queda detrás y acaba por perderse de vista.

—¿Por qué las naciones que no están "altamente industrializadas" son atrasadas? ¿Y si el mundo consistiera todo de naciones "altamente industrializadas" (lo cual es imposible) ¿sería todo feliz? — las preguntas ingénuas de Mambrú.

Yo tomé uno de los diarios y le marqué 5 palabras de la mitad de una perorata:

ESTE PROCESO REQUIERE CAPITAL.

Estos "organismos internacionales", el FMI, el BIMF, el APP y TAL, son tretas de los vendedores (o alquiladores) de capital; o sea, alquiladores de créditos, o sea alquiladores de ficciones — no de bienes o de valores o de productos.

Perdé cuidado que no te van a dar calce para que te conviertas en uno dellos; o sea, un alquilador de créditos; o sea, de cifras en un libro; o sea, para vivir sin producir; o sea, sin trabajar.

Trabajarás eternamente para ellos por este camino, caro Mambrú.

27 IX 67. Fui a consultar un perito sobre lo escrito ayer; me dijo era verdad, pero si lo publico voy a ser tenido por anarquista; y encima por tonto.

Hay remedio para la "crisis" argentina, pero no existe el varón de ojo y coraje capaces de aplicarlo. "Ni existirá" añadió. Sería el cerrar el Banco Central, que mangonea la moneda; nacionalizar todos los Bancos, que al fin son negocio usurario, dedicando todas sus ganancias — enormes — al Procomún; clavar el valor de la moneda, fijando para siempre el precio, si no del oro (como hace EE.UU.) de un producto capital, como la tonelada de trigo, por ejemplo; y castigar a los que hacen subir los precios ("agiotistas") incluso con la pena capital, si es preciso; y olvidarse de los "préstamos" extranjeros.

El perito me pidió no dijese su nombre, de miedo lo tuviesen a él también por tonto.

"Tanto el ahorrista como el inversionista requieren SEGURIDAD para poner su capital grande o chico a trabajar... Si la renta que obtiene se la consume la inflación y los impuestos, optarán por no ahorrar ni invertir. En la Argentina, ahorrar es una obligación e invertir una necesidad...

Tal dice Donato M. Alvarez en la nación diario de hoy. Pero ¿cómo ahorrar? Analizando el ahorro; concluye el Donado que no se puede; y da para consuelo unas pocas esperanzas futuras condicionales; o sea, *ahorraríamos.*

28 IX 67. REPRE-SENTA-TIVIDAD — ¿Con qué se come eso? ¿Será algo como la Insti-tucio-nali-dad? ¡Qué dos rimas para hacer un versito boquirrubio!

¡Onofre!
¡Baja ese cofre!
¿Y por qué Onofre si me llamo
Evandio?

Por culpa de la rima, sandio.

Alsogaray (no confundir con el Alzogaray con z que peleó en Obligado) ha prometido a los yanquises, en nombre nuestro, "el retorno de la repre-senta-tivi-dad". Y con eso, alborotó aquí el avispero.

Pero si habla de "retorno" *quié cir* que antes ella estaba. ¿Por qué se fue? ¿Quién la quitó? ¿Y para qué? ¿Y cómo?

No sean pavos, señores politiqueros y periodistas. Si quieren eso, vamos a tener que inventarlo o CREARLO; como dicen ahora los "críticos" de cualquier boquirrubio que ha escrito cuatro disparates en verso "libre"; que no es verso ni prosa, macho ni hembra, ni cosa que se nuembra.

"Déjame pasar la puerta
Donde Eva come hormigas
Y Adán fecunda peces pulcramente
Déjame pasar, hombrecillo de los
cuernos,
Al bosque de los desperezos

Y alegrísimos saltos".

Esto es "creación", que se creen Vds. Es una gansada pero es "creación"; de García Lorca nada menos. Se les habría ocurrido a Vds. ¡Qué va! ¡Vds. no son creadores!

Para los politiqueros, que manejan la palabraza sin saber a punto fijo d'onde viene, *"represen..."* significa simplemente "elecciones como antes"; y lo que antes no dio resultado, ahora sí dará, porque ellos lo dicen.

No sean pavos otra vez. *Volver a lo de antes* significa sufragio universal indiscriminado, partición del país en partidos, elecciones frecuentes, gran barullo de *"slogans"* idiotas y promesas fictas, derroche inútil de dinero en propaganda, obligación de meterse en el retrete oscuro a meter una boleta con nombres incógnitos; y después, fraude patriótico, si a mano viene.

—Y entonces, diga Vocé lo que hay que hacer. O lo de ahora o lo de antes. Si no le gusta lo de ahora, tiene que elegir lo de antes.

—Nones.

1 X 67. Finó el FMI en Río — es decir, finalizaron de hablar. "Saldo positivo" "Magna reforma monetaria mundial" "Ciento siete naciones" "Derechos especiales de extracción" y "Derechos especiales de EMISION para América LATINA y Africa".

El público no entiende y los encargados de desasnarlo — "editorialistas" — tampoco. ¿Qué vamos a entender, si se trata de la "Ciencia" de las Finanzas; y no hemos frecuentado la Universidad Derisi.

Hablando en plata, se trata de otorgar *Derecho-de-tener-que hacer-inflación* a los míseros paisillos SUB-DES; y la creación de una nueva moneda más fácil de falsificar y birlar que todas las otras.

En suma, desde que se dejó el true-

que por la moneda de oro, la moneda ha ido progresando: el *billete*, cómodo y livianito, con "respaldo oro"; la sustitución del respaldo oro por el respaldo dólar; la supresión del respaldo, o sea la invención del crédito. Y la nueva moneda inventada ahora, "el giro de automación crediticia", transformación del crédito; el cual es dinero fantasma.

Una vez que se transformó los bienes en oro, el oro en papeles, y los papeles en unas cifras escritas en un libro, se una telefonada cantidades siderales de pudo manejar ocultamente y con solo crédito - billetes - oro - bienes; y licuar el dinero, convirtiéndolo en poder.

Y así el mundo cayó bajo la temible tiranía del Becerro de Oro, que ya es el becerro de papel; menos aún, el becerro de humo.

En espera de una tiranía peor; o la misma, aumentada.

5 X 67. LOS BANQUEROS — Basta mirarles la jeta. Buitres. ¿Cómo puede ser la cara y la cruz de un hombre cuya mente cuerpo y alma se ocupa exclusivamente de ganar dinero con malas artes; no produciendo con él, sino prestándolo e "imprestándolo" ("como *"emprunter"*).

"Contactos favorables con la Banca Mundial" ... Quiere decir "favorables con y para" la Banca Mundial. Para que fueran favorables para aquí, se necesitan hombres de pelo en pecho y barba al hombro.

8 X 67. Dos amigos muy apreciados me llamaron la atención acerca un larguísimo artículo del "judío Vogelmann" (así lo llamaron, siendo así que el apellido con *nn* no es judío sino alemán) acerca el budismo ZEN. Me llevé un disgusto, no precisamente por el artículo (cosas más herejes publica la nación diario) sino por el entusiasmo de mis apreciados amigos.

La apostasía contemporánea tiene dos pasos: el 1o. es abandonar la Iglesia o comenzar a tenerla tirria; el 2o. es hallar un "ersatz" de la Iglesia. Si ese ersatz es susceptible de combinarse con el cristianismo mistongo, mejor que mejor. *Et voilá.*

Ahora, si Vds. quieren saber exacto lo que es el ZEN, les copiaré la definición dese fenómeno que dio el Pontífice de él en Occidente, nada menos que mister Zuzuki.

"El Zen nada tiene que ver con ningún espíritu sectario; cristianos y no cristianos pueden practicar el Zen en la misma forma que peces grandes y chicos conviven tranquilamente en el mismo océano... (*No tan tranquilamente los chicos*). El Zen es el Océano (*y nosotros los peces chicos*) el Zen es el aire, el Zen es la montaña, el Zen es el trueno y el relámpago (*la pucha*) el Zen es la flor de primavera, y la nieve del invierno (*en fin el acabóse perfecto*). No, el Zen es mucho más que todo eso: el Zen es el hombre... *Bueno.*

Ahora sí comprendí; y de inmediato le mandé una carta contestación paga al Bonzo Zuzuki para que me adhiriese al Zen con dispensa de la cuota anual.

10 X 67. Me topé en la librería con el patriarca de los nacionalistas argentinos, que tiene un talento genial, tantos años como Matusalén (o casi) y está derecho, seco y brillante como si nada. Me dijo: "Yo ya estoy bastante lejos de las cosas terrenas. Ustedes los jóvenes (yo tengo 67, 8 años menos que él) se despepitan por la política (yo no). Le diré que aquí el único remedio es una dictadura buena, franca y fuerte. Que no ande melindreando con las elecciones, el democratismo y la representatividad".

—¿Y si el dictador sale malo?

—Dios no hai querer. Es un riesgo que hay que correr.

—Es más que riesgo. Dictadores buenos no hay — o casi casi.

—Y bueno, qué quiere que le diga.

12 X 67. *"Contactos con la música actual"*. Maldita sea mi alma.

Yo creía que esos abundantes "críticos musicales" que hablan por radio eran laquitos mansos y mariquitas que los de-

jaban hablar de lástima para que no se volvieran locos bravos y maricones; sabiendo que no pueden hacer mucho daño al auditorio, por la sencilla razón que no tienen auditorio. Pero resulta que son hasta Doctores de Universidad.

Anoche escuché a uno dellos llamado Manzano, Malsano o Mantasano disertando sobre *"Anton Webern o la dialéctica de la fonación'*. Quisiera haber tenido un grabador porque Vds. no lo van a creer, y yo mismo casi no lo creo.

Habiendo dicho que Antón Webern era no sólo un genio mas también un "heroe": porque se pasó la vida tallando un enorme diamante negro que la gente creía era, a mucho tirar, un carbón... comenzó la universitaria explicación:

"La peculiaridad estructural del genial musicista consiste exactamente en que el clibaje de lo temático y lo melódico llega hasta la misma raíz de la hiperfonación subconsciente. Tomemos por ejemplo la *"Bagatela nº* 9" y Vds. verán que en 30 segundos el genio ha insertado 6 microformas que se resuelven en una textura de tipo no conceptual pero equidistante".

Siguieron luego un montoncito ruidos sueltos, talmente cimarrones y mostrencos que un perro con una lata en la cola y un gato sobre un techo de zinc rusciente le dan ciento y raya en melodía, armonía y "riqueza motívica" a la dicha "Bagatela".

Siguió otra explicación del *Concierto* nº 4 para piano, óboe, latas y tripas, que vino a decir (cito de memoria) algo como esto:

"A diferencia de sus dos socios Hárold Schoemberg y Alban Berg (todos de la raza elegida) Antón Webern no endereza la dodecafonía fundamental hacia los efectos irradiantes que podrían darse con una textura menos inteligible; pues conforme a su máxima: "musiquear es hablar y yo hablo para que me entiendan" (carta a Stravinsky, 1932) el quid de su fonación se reconcentra más bien en la sincretización y la volubilidad que integra los compases en la conquista espeluznante del silencio. En consecuencia, veamos...; y después de un buen rato de bla-bla-bla, otra emisión de ruidos rarísimos como para hacer desesperar de la existencia y desear la sordera.

Y entonces, cuando llegaba yo a la conclusión de que habían conectado los micrófonos por broma con el Hospicio de las Mercedes, oigo al loquitor que proclama campanudamente: "Terminó la audición CONTACTOS CON LA MUSICA MODERNA de la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la Pontificia Universidad Católica Argentina de Nuestra Señora de los Buenos Aires". De modo que esa "UCA" Católica produce esos productos; es decir, esos Manzanos; tomando el santo nombre de Dios en vano; porque eso que oí es menos católico que una bestia: algo que está aún por debajo del plano animal; está situado en el plano de lo demoníaco. Por lo cual no dudamos serán castigados por Dios.

Ya sospechábamos que la dicha "Universidad" era un *"bluff"*. Y el gordito Monseñor que la dirige, que alterna una boda aristocrática con la antesala del Presidente y un Congreso de Educación en Colombia con un sarao en Punta del Este (y ha publicado un libro sobre estética) es un doble *"bluff"* y tiene su destino escrito en la cara.

13 X 67. La más autorizada revista literaria de Francia, LA NOUVELLE REVUE FRANÇAISE, publica en su nº del 1o. Setiembre un ensayo sobre *"Los espejos abominables de Jorge Luis Borges"* de un tal Pfeiffer: un francés lúcido, que en vez de decir llanamente que los escritos en prosa de Borges son un galimatías, se toma el trabajo de facilitar al público lector que lo diga por sí mismo. No todos los argentinos necesitábamos ese aporte, pero en fin...

Otro "bluff". Se ve que esta tierra es apta para esa planta.

Y ya basta por hoy.

Continúa de la página 18

ARTURO PAULI — *La Persona, el Mundo y Dios* — Carlos Lohlé, Bs. As. 1967.

Este libro pertenece al género *humoso*. Así como antaño se hablaba de "eruditos a la violeta", hoy día pululan escritores a quienes podría llamarse "abstraccionistas a la del humo". Son *"ragionatori"* que manipulan palabras abstractas con imágenes concretas no en fusión sino en mescolanza; situados ellos en un plano intermedio entre las soberanas "Ideas" de Platón y las sensaciones "reflectidas" de Locke; como si dijéramos en una especie de limbo intelectual; o en esa *"bolgia"* del Dante donde andan hombres con capas de plomo. Un amigo mío letrado dice que no son propiamente macaneadores, sino "merengólogos".

Este libro es del caso; lo mismo que *"La historia de la salvación"* de Croatto; algunos libros del Dr. D. D. (no todos); varios tratados traducidos por *"Ediciones Paulinas"*; casi todos los del especialista en literatura religiosa averiada, Carlos Lohlé — esto sólo entre los que hemos últimamente topado. El que mata el punto a todos en materia de humo es *"El hombre, este desequilibrado"* del genovés Sciacca. Juan J. Ruiz Cuevas, después de hacer su traducción, estuvo enfermo una semana, echando humo por todas sus aberturas, como una casa incendiada — según el supracitado amigo. (Dejemos a los decantados teólogos Rahner y Congar, que son demasiado para mí).

"Mañana el mundo pensará en esferas, en cosmogénesis. Y por lo mismo, muy naturalmente el Dios crucificado (en cuanto CRUCIFICADO) se convertirá en el más poderoso motor espiritual, siendo el único valorizador y el único amorificador (sic) *y el único ultrahominificador* (resic) *de la hominificación".*

Con razón estos hominificadores reniegan por lo general de la escoláctica, y de Santo Tomás en particular. Las proposiciones cortas, nítidas y exactas del Aquinense impedirían absolutamente sus libros. Hemos tratado de traducir al castellano corriente algunas páginas — sin resultado. No se pueden poner en "proposiciones", como las que usa la Iglesia para condenar herejías. Si la Iglesia condenara 5 proposiciones de Paoli, como hizo con Jansenio, el autor podría defender durante un siglo, como hicieron los jansenistas, que "ellas no están allí" o "no están en ese sentido"...

De los errores allí contenidos ha dado buena y razonada cuenta el P. Julio Meinvielle en una sólida conferencia titulada *"Un progresismo vergonzante"* que anda impresa; advirtiendo que esos errores no están *explicitados*, y que sólo se perciben poniendo mientes en la dirección que lleva el libro hacia una "cosmovisión progresista"; la cual está siempre detrás — no demasiado detrás. En suma, toda remascada elucubración, que se repite hasta el cansancio en torno a pequeñas *ideas fijas* — tiende a crear o profetizar una Nueva Iglesia o un Cristianismo distinto: *Posconciliar*. El que no te conozca que te compre.

Siento tener que recusar a este autor, que es buen hombre; y encima tiene el mismo *pathos* que yo con respecto a las fallas de los católicos — o de la Iglesia, si Vds. quieren: pero él sobre ese *pathos* edifica mal.

Notaré solamente para no repetir a Meinvielle algunas destas ideas fijas más chuscas — o "drolas", como dice el francés. Por ejemplo:

LA PROFECIA — El autor repite y repite que la Iglesia Católica debe volver a la profecía y saturarse de profecía. Lo chusco del caso es que el propuesto profeta es él mismo.

LA HISTORIA — La manera de vol-

ver a la profecía es sumergirse en la historia. ¿Qué historia? ¿La historia de la pedagogía de Zuretti, la historia del Pueblo Inglés de Green? Nada deso: su "historia" es ni más ni menos todo lo que ha sucedido en el mundo universo (bueno y malo) en los últimos siglos. En ella la Iglesia debe no solamente flotar mas zambullirse — y ahogarse, si a mano viene; porque la historia es "una Revolución"; y "la historia la hacen los pobres?"... ¿Cuáles?

LA EDUCACION — "Los Colegios religiosos no forman hombres". ¿Qué Colegios? ¿Todos ellos? No se nos dice. La afirmación es barredera. No forman hombres porque no les infunden ni la "autonomía" ni la "responsabilidad". Fallan particularmente en la "formación de la castidad".

LA IGLESIA — Anda muy mal. Ha de ser modificada no solamente en sus abusos, sino aún en "sus estructuras". No me pregunten las cosas malas que ahora produce. "Desde hace cinco siglos la Iglesia se ha divorciado de la gran cultura humana".

DOCTORES — Santo Tomás ni por sueños: está eliminado por la "historia". Marx y Freud, *ecco*. Tendrán errores, pero han hecho los "grandes descubrimientos" que inspiran a Paoli. Por lo demás, no parece él los conozca en sus textos, sino solamente "en profundidad": en forma nuclear y sinalagmática.

Para dejar otras pequeñas ideas fijas... el nuevo Santo, la castidad, el obrero versus empleador, el nuevo Sacerdote, la teología "negativa y terrorista", el funesto INTEGRISMO, el Cristo-Omega, el amor horizontal y el amor piramidal... pasemos al ACTO CONYUGAL, con perdón de los lectores. Es algo que llena el cielo y la tierra. Paoli lo homologa a no sé cuántas cosas: al trabajo manual, a la Eucaristía, a la adoración o el descubrimiento de Dios, al ingreso en la Iglesia, al culto, al Sagrado Corazón de Jesús (texto *Efesios,* III, 18) a la "personalidad completa", a la religión, a la espina dorsal del hombre, al espíritu profético... (Epa, compañero ¿no es demasiado?) Habla de él con más frecuencia y mal gusto, aunque con menos experiencia (por suerte) que Miguel de Molinos.

De manera que ¿los grandes apologistas modernos, como un Belloc? No sirven: son hombres "carentes de unidad interior". No son hombres de "personalidad completa".

Lo curioso es que en pg. 63 Paoli afirma que todos somos "hombres en devenir", es decir, sin personalidad completa. ¿Quién la tiene pues? ¿El mismo? ¿Telar Cardón? ¿Freud y Marx? *¿Chi lo sa?*

¡Dios mío! ¡Qué trabajos esperan al hombre que debe hacer el LEIDO PARA USTED! Un eclesiástico bastante encumbrado que aspira a encumbrarse más (y lo conseguirá) proclamó en público poco ha que nosotros (en particular y *nominatim* Meinvielle y Castellani) tenemos doctrina pero no tenemos ¡ay! caridad. Confieso que aquí no la hemos tenido con el "Hermano Arturo", cuya salvación sin embargo deseamos; pero hemos tenido inmensa y exquisita caridad para con las posibles víctimas; por lo menos para con las letras castellanas y la literatura religiosa.

Para no ser demasiado incaritativos, añadimos que hay en la elucubración humosa reflexiones exactas y aún profundas a veces; desvirtuadas empero por el contexto general o el "enfoque"; como si alguien edificara con sillares de piedra y ladrillos bayos una torre de Pisa sin cimientos.

L. C. C. P.

(*Leiva la toma de la cintura y la lleva a la cama. Ella resiste un poco inútilmente.*)

Mirab.—¿Qué hace, Cabo? ¡Déjeme! Me enloqueció el golpe. No debía haber venido. Ya le dije lo que tenía que decirle.

Cabo—Lo que tengo que decirle yo ahora, Florcita, yo quiero casarme con vos. No te merezco, pero cuando menos te merezco, me enloquezco más. Libráme de este tormento. Te conocí desde chiquita, y un día que eras guaynita me vino como un flechazo indio, se rompió la espina y quedó la punta adentro.

Mirab.—Déjeme, Cabo. Ahora me quiero ir.

(*El Cabo no la deja, al contrario. La besa apasionadamente. Ella se debate.*)

Cabo—Nunca me animé a decirte nada. Hace años que ando encandilao por vos, desde que vine al pueblo. Ni trabajar puedo algunos días, Flor del Aire, y te quiero más que nadie. Por vos me haré nombrar Jefe político, llegaré aónde quieras. Dos veces he estao a punto de muerte, y mi último pensamiento fue pa vos; y ese pensamiento me salvó.

(*La acaricia y solicita. Ella está inclinada con las manos enclavijadas en torno a las rodillas. El le pone la mano en el pecho. Ella desata las suyas y lo aparta. Segunda tentativa rechazada con furor.*)

Mirab.—¡Cabo, no se olvide de quién es! ¡Ni de quién soy!

Cabo—Me quiero casar con vos, Flor del Aire. No me digas que no.

(*Inesperadamente ella oculta el rostro entre las manos, abandonando toda defensa, y rompe a llorar.*)

*Mirab.*Cabo, ¡estoy consagrada a Dios! Déjeme; o de no, Dios lo va a castigar.

Cabo—¿Cómo es eso? ¿Qué quiere decir? Monja no sos.

Mirab.—Tengo una consagración de Dios.

(*Redobla los sollozos inclinada hacia adelante. El Cabo, sentado al lado, mira fijo el vacío, con el brazo siempre en su cintura. Su vista tropieza el crucifijo.*)

Mirab.—Estoy consagrada a Dios, Cabo. Fui loca viniendo aquí. Déjeme.

Cabo—¡Consagrada a Dios! ¡No me querés, eso es todo! ¡Pero eso basta para mí!

(*Otro alegato.*)

Cabo—Yo no soy viejo, Florcita, y quiero ser tu esclavo. ¿Por qué no me vas a poder querer? Ese Lalo Vilaseca no es bueno para vos, es un haragán, y te engatusa con sus palabras floridas. No me digás que NO, todavía, Florcita.

(*Sollozos de ella.*)

(*El Cabo la besa de nuevo, con reverencia esta vez.*)

Cabo—Bueno, nena, ¿qué le parece si nos vamos a lavar la cara, y nos vamos

despacito pa las casas? Eso se acabó por hoy. Siento haberme dejado llevar, pero no hay daño hecho. Perdóneme.

(*Ella se lava la cara en la palangana, se vuelve y sonríe, y después sale.*)

Cabo—Bueno, para que aprenda a venir de noche al cuarto de un soltero.

(*Con sorna.*)

(*Ella asoma de nuevo y le dice con una mueca:*)

Mirab.—De un solterón. ¿Me acompaña de aquí a la casa del Cura?

Cabo—¿A la casa del Cura? Eso es darme esperanzas... ¿O es otro disparate en la misma noche? A vos te a dao por andar de noche con los solteros?

40 — LA CASA MALA

(*Interior del prostíbulo. Cuatro mujeres desgalichadas. La Colorada, vieja proxeneta. Gran turbación y movimiento al ingresar el Cabo.*)

Varias—¡El Cabo Leiva! (*Curiosidad.*)

Colorada—¡Jamás lo hemos visto aquí! ¡Aquí no hay ninguna rea, Cabo! Somos rameras, sí; pero somos güenas cristianas.

Cabo—¿Dónde está la Dionisia Romano?

(*Se abre una de las tres puertas de la sala y sale medio trasoñado el recluta Luengo, dicho "El Lungo". Sorpresa del Cabo.*)

Lungo—¡Cabo Leiva, ¿Usté por aquí?

Cabo—Lo mismo digo, caballero. Usté está faltando al servicio, y ebrio por añadidura.

Lungo—Mirá, Cabo. Si querés que yo te trate, a mí no me *destratés.*

Cabo—Respete a su Jefe, recluta Juan Ermitaño Luengo.

Lungo—En la Jefatura sos Jefe, che. Aquí sos un chancho de mierda lo mismo que yo.

Cabo—Recluta Luengo ¿Qué es eso de *vos* y *che?* A mí no me *vosiés* ni me *cheiés,* zafao. Si yo que soy *usté* lo trato de *usté* a *vos* que sos *vos,* ¿quién sos *vos* que sos *vos* para tratarme de *vos* a mí que soy *usté?*
¡Preséntese ahí fuera al recluta Cleto y entregue el arma! Mañana arreglaremos cuentas.

(*Risas de las mujeres.*)

Lungo—Desimule, Cabo. A sus órdenes, Jefe.

(*Tacón.*)

Una—No le merme, Cabo, bájele leña; que es un prepotente que aquí nunca paga.

(*Una mujercita ha salido con disimulo de la sala.*)

Color.—Aquí no hacemo mal a nadie, Jefe: al contrario, cumplimo la ley. Ahora pa lo demás estamo toas a su servicio, don Leiva.

(*Arrimándose con halago. Empellón.*)

Cabo—¡Te he dicho que me traigás a la Dionisa Romano!

Color.—No está, Jefe. ¿Cuála, la hembra del finadito Cárdenas? No vive aquí, se lo juro por esta crú. Por esa Virgencita 'el Carmen.

Cabo—Dionisia Romano, salí de ahí si no querés que te saque yo.

Mujerc.—(*Entrando.*) Dejelá, Cabo, sea bueno; está medio traspuesta. No ha sido eya la que envenenó al indio.

Color.—Yo no quería qu'eya viniera cá, Leiva; se lo juro por esta cru.

(*Leiva entra en el cuarto de dónde salió la otra.*)

40 ter — INTERIOR

(*La Dionisa sentada en la cama con aire bravío, el Cabo de pie.*)

Cabo—Dionisia Romano, no he venido a hacerte daño, al contrario; si es que te avenís a ayudar a la justicia. De lo contrario, en la Jefatura tenemos lugar. ¿Quién envenenó al indio Cárdenas?

(*Silencio.*)

Vos sabés bien que jue envenenao...

Dionis.—Eso dijo él. Yo no sé, Cabo. Pa mí que jue pasmo y mal de hijada. La stá muerto, Cabo. Me quedé solita en el mundo... y con miedo. La Colorada me trajo aquí. Yo quisía salir de aquí Cabo. Salir de aquí.

Cabo—¿Te dijo también quién fue el que lo atosigó?

Dionis.—Nadita me dijo. Yo no juí, Cabo. Esa noche cenó con un señor del centro. Dentré a la tapera y lo encontré medio muerto, ¡qué horrores! Usté también se *hubiería* disparao, Cabo. Cuando dentré estaba medio muerto.

Cabo—¿Con quién cenó? O lo decís aquí o lo decís en el cepo. Pa mí es lo mesmo. Si lo decís aquí, voy a arreglar con el Cura pa que te saquen de aqu, las señoras italianas de la Sociedad San Tomás.

(*Ataque histérico, llanto, revolcones.*)

Dion.—¡Po que una es pobre, todos piensan que basuariarla a una!

(*Una mujer asoma la cabeza, y se retira.*)

(*El Cabo se le sienta al lado y la incorpora. Ella se le agarra.*)

Dion.—Perdóneme, Cabo. No me acelere. Yo no quiero morir. Me van a matar si digo algo.

Cabo—¿Quién te va a matar, infeliz?

Dion.—Usté sabe que anda una mano criminal por el pueblo, que mata a la mejor gente, el periodista primero, después Ventura, después Lavega, y ahora mi pobre Cárdena. Aunque me mate, Cabo, no le viá decir nada. Usté no pué nada.

(*Le pasa el brazo por el cuello y comienza a sobarlo.*)

Sea güeno, Cabito. Cualquier cosa menoj eso, Cabito. Me van a basurair. No me acelere, Leiva. *A usté* no le pueo 'ecir nada.

Cabo—¿A quién le *quedrás* decir?

Dion.—A nadie le he dicho. Al Cura solamente...

Cabo—¿Al Cura?

Dion.—En confesión.

Cabo—Así no me sirve pa nada. Con dos testigos delante, y todo firamdo. Te vas a dir a la Iglesia y le vas a repetir todo. Un buen rato de que

Cabo—Así no me sirve pa nada. Con dos testigos delante, y todo firmado.

Dion.—No, queridito. No, queridito.

(*desabrocha la blusa.*)

Cabo—Si no, sos cómplice accesorio después del facto, y te chupás 30 años de cárcel en Santa Fe.

(*Arrecia el llanto y las caricias. El Cabo se levanta y ella se le cuelga. El Cabo se vuelve a sentar, tieso, y suda y se sacude un poco. Parecería va a ceder; en ese momento, un chumbo de mil diablos en la ventana. El Cabo da un salto en la pieza.*) (*La sala con las mujeres despavoridas. Leiva habla bajo con la Colorada, que hace grandes gestos de aquiesencia. Y sale.*)